

***El Espíritu, la Iglesia
y la espiritualidad eclesial del Fundador***



Josep Amengual i Batle

1909 - 2009

***Año centenario de la muerte del
P. Joaquín Roselló i Ferrá***

0. Presentación

El dominico Antonio Royo Marín pudo escribir un libro con este título: *El gran desconocido. El Espíritu Santo y sus dones*¹, De hecho, a menudo ha habido un arrinconamiento del Espíritu Santo en la pastoral, y ya no hablamos de lo que ha pasado en la misma teología católica².

Ahora bien, hace falta reconocer que repentinamente, dentro de los medios occidentales se ha despertado una nueva actitud, en cuanto al interés teológico por el Espíritu Santo. Esto nos obliga a preguntarnos a qué se debe la preocupación actual de los teólogos por esta temática.

Como antecedente, deberemos recordar que durante los años anteriores a la II Guerra Mundial hay un cierto regreso de la teología católica al estudio de los Santo Padres, particularmente los griegos, lo cual nos acercó a una teología más viva y más próxima al Espíritu, aun cuando la acercamiento no se hizo sin riesgos, manifiestos en la que fue denominada la *Nouvelle Théologie*, cultivada por los dominicos y jesuitas franceses. Que las acusaciones de qué serían objeto correspondieran a sus producciones, o que más bien se condenaran fórmulas que pretendían expresar su pensamiento, es más probable.

Otro impulso ha venido de su vinculación a la renovación de la Iglesia. Ciertos movimientos carismáticos, de origen pentecostal protestante han tenido sus paralelos dentro la Iglesia católica, lo cual ha desvelado el interés por el Espíritu Santo y ha despertado una cierta inquietud de los teólogos. Todo esto ha conducido a estudios sobre estos movimientos y también un interés por la doctrina tradicional sobre el Espíritu. Evidentemente, se ha advertido la urgencia de un discernimiento pastoral. Hace falta saber que quiere decir "carisma" y "carismático"; qué es el bautismo en el Espíritu, etc.

La pneumatología tiene importancia para la fe, la teología y la Iglesia, puesto que se encuentran en confrontación con una comprensión científica, que reduce la imagen del mundo a aquello que calculadora y dominada por aquello que es útil. Una consecuencia de este pragmatismo es la pérdida del sentido de la trascendencia. Dentro este contexto se trata de ver cómo es posible vivir la fe y que esta sea anunciada. Tarea nada fácil, si cuando se toma como referente la mentalidad que propugna que la ciencia es la última norma de conducta, de forma que a veces se declara legítimo todo aquello que es científicamente posible. Se acepta que lo que científicamente es posible, por este mismo hecho ya es ético. La mentalidad que sustenta este principio es falsa y extremadamente peligrosa. Porque, por la misma razón se podría decir que es legítimo todo aquello que es técnicamente posible. Así, se podría experimentar la anulación de personas, pueblos, y de la misma humanidad.

Dentro este ambiente, hablar del Espíritu, al menos en un primer momento, es completamente un contrasentido.

Hablar de Dios, en este contexto es luchar en campo contrario. Pero, es un imperativo, que deriva de la conciencia de la dignidad humana, que obliga a no admitir ninguna norma suprema que perjudique la persona. Y tomar la ciencia o la técnica como medida para la ética es enormemente venenoso para la humanidad.

¹ (BAC minor 29) Madrid ⁴2004.

² Y.-M. CONGAR, *El Espíritu Santo*, (Biblioteca Herder. Sección de Teología y Filosofía, 172) Barcelona 1983, pp. 188-194, incluye una nota en la cual hace un inventario de los *Olvidos del Espíritu Santo*, entre los cuales recogemos uno que cometió uno de los defensores de la infalibilidad papal, en el concilio Vaticano I, y posteriormente cardenal Gaspard Mermillod, el cual el año 1870 decía: *Existen tres santuarios: el pesebre, el tabernáculo y el Vaticano. Existen tres [falta la palabra] Dios, Jesucristo, el papa. ¿Qué queremos? Daros a Jesucristo sobre la tierra. Lo hemos visto en Belén, bajo la forma de un niño. Lo vemos ahora bajo la forma de un anciano*. Pp. 189-190. Predicó sobre el tema de las tres encarnaciones del Señor: en el seno de María, en la eucaristía i en el papa. Herejía o blasfemia?

En cuanto a hablar de la Iglesia, hace falta decir que todavía tiene más dificultades. Hay conductas de personas representativas de la Iglesia que son escandalosas y muestran hasta dónde pueden llegar las limitaciones humanas.

Incluso dentro ambientes preocupados teológicamente, nos topamos con antinomias tales como la visibilidad e invisibilidad de la Iglesia, historicidad y trascendencia, autoridad y libertad, palabra y sacramento, doctrina y vida, revelación y tradición³.

Lo que no podemos pretender es que se nos dé elaborado un modelo de Iglesia, en el cual se haya establecido, de una vez para siempre, el equilibrio entre las diversas fuerzas, entre las distintas opciones. Semejante pretensión es ahistórica.

La pneumatología nos hace tomar conciencia de que la Iglesia es el lugar y el sacramento del Espíritu. El Espíritu fue el impulso primordial de la Iglesia primitiva. De aquí viene que la Iglesia tenga una constitución neumática. El Espíritu, como expresamos a su lugar, es quien manifiesta la Iglesia (cfr. LG 2 y 4)⁴.

La Iglesia tiene también una constitución pneumatológica. Es decir, dentro su autocomprensión habrá un lugar privilegiado para la referencia al Espíritu, para la acción del Espíritu que no quedará suplantada ni absorbida por la función ministerial ni por la pretensión que la acción de los creyentes lo es todo.

De aquí que esta visión desemboque en una Iglesia abierta y misionera. Apertura que relativiza los problemas intraeclesiales.

La teología, desde la pneumatología, no solamente desarrollará un campo hasta ahora descuidado, por más que pase por problemas graves, sino que se introducirá en mundos desconocidos. Si por una parte corre el peligro de la intelectualización y por el monopolio de los que pueden dedicarse a pensar, por el otro lado se la considera espiritualmente estéril.

Una salida de estas aporías se encuentra en la afirmación que la teología debe hacer una reflexión funcional, encaminada a la praxis. Ahora bien, ¿es este el camino que pondrá remedio a la precaria situación de la teología? La cuestión parece más profunda: se ha perdido la unidad que ha de haber entre los métodos y el objeto de la teología.

Esto se patentiza en la contraposición entre teología y antropología, entre la dimensión vertical y la horizontal de la fe y vida, entre la teología y la antropología, entre trascendencia e inmanencia, entre cristología desde bajo y la descendente, entre exégesis y dogma, entre gracia y realidad, entre creación y redención.

Este conjunto de tensiones e incluso esta disgregación nos hace ver que la salida de la praxis no es la gran solución. La compleja problemática no se resuelve en inmediateces y por la vía de la improvisación. Hace falta atender precisamente el núcleo de la persona, y pedir se qué es el espíritu que mueve el hombre.

Porque la teología no permanezca una ciencia marginal, hace falta precisar qué es el Espíritu que la mueve. Y, entonces, practicar la teología según el impulso que le es propio. De este modo, la ciencia bíblica no perderá de vista que la Escritura solamente puede leerse en el Espíritu. Un Espíritu que ha sido otorgado a todos los creyentes. Redescubrir el Espíritu, que es creador del mundo y acercarse al Espíritu que impulsa toda persona, da una nueva dimensión a la realidad en la cual el creyente es miembro del mundo. Redescubrir que el Espíritu es intérprete de la Palabra es redescubrir una dimensión siempre afirmada pero poco atendida de la metodología teológica. Por aquí podemos darnos cuenta de que los problemas de la misma pneumatología, cómo pueden ser el de la personalidad del Espíritu Santo o el de las formas de su actuación, son secundarios, en comparación con el necesario reconocimiento de la operatividad del Espíritu.

³ Christian SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, (Koinonia 29), Salamanca 1991, p. 14.

⁴ Josep AMENGUAL I BATLE, *L'Església com a Poble de Déu. Notes d'Eclesiologia*, (Lucus 5) (Publicacions del Santuari de Lluc) Mallorca 1993, pp. 144-146. cf. pp. 151-152.

Estos apuntes empiezan con una presentación del estado de la cuestión. Sigue, como primera parte, aquí abreviada, una síntesis de la historia de la pneumatología, como estudio o tratado sobre el Espíritu Santo. A continuación damos unas pinceladas a partir de lo que brindan el Antiguo y Nuevo Testamento. En tercer lugar, correspondería tomar nota de algunas aportaciones que hicieron los Padres de la Iglesia, sobre todo Santo Agustín; pero desgraciadamente el tiempo no permite adentrarnos en esta frondosa floresta, como tampoco podemos hacerlo en la patrística oriental, que es la más rica. La opción que tomamos depende de los objetivos pragmáticos que hace falta mantener, en vistas a los destinatarios de este ensayo tan provisional. El tiempo disponible es breve, y es imprescindible dar lugar a otros temas cuyo estudio nos espera.

Estas notas recogen una pequeña parte de unos apuntes, que sirvieron de ayuda para las clases de teología en el *Centre d'Estudis de Teologia de Mallorca*, entre los años 1988 y 1993. La introducción de Ch. Schütz, solamente estuvo disponible en castellano el último año, de forma que casi no la empleé en esta lengua. Me desprendí de este libro, hoy casi imposible de hallar y muy caro. Esto hace que mantenga las citas en la lengua original. Evidentemente, otros contenidos, sobre todo los que provienen de los grandes concilios fueron expuestos, pese a que en estas hojas no los mencione. La bibliografía citada es muy limitada, aunque, dado que esta materia anteriormente no estaba incluida en el Plan de Estudios, supone un avance notable, si tenemos presente que las horas disponibles se debían tomar de la Eclesiología. Difícilmente tendré otra ocasión para completar, armonizar y aclarar tantas cuestiones que permanecerán por ahora meramente insinuadas.

Para la formación permanente de los M. SS. CC. haré una selección adaptada a nuestras necesidades, que este año se quiere centrar, como tercer año preparatorio al centenario de la muerte del P. Joaquim Rosselló y Ferrà, en su experiencia de la vida según el Espíritu Santo, y su visión de la Iglesia.

Madrid, 08 de diciembre de 2008, solemnidad de la Inmaculada Concepción de María, por obra del Espíritu Santo.



0.- Introducción

Comprensión de la Pneumatología

Por más que sea paradójica, incluso en ambientes muy formados dentro de la Iglesia Católica, hablar del Espíritu Santo presenta unas dificultades objetivas. Hay un hecho observable inmediatamente: los creyentes nos malhumoramos a causa de manifestaciones de una ética no asumible por un cristiano. Nos desagradan las críticas a la Iglesia, muchas de ellas más propias de hace dos siglos, que adecuadas a nuestro hoy. Otros ataques están justificados, y nos piden un espíritu más evangélico, al escuchar a los demás y no urgen entrar por caminos de conversión, aunque no sea por otro motivo que porque reconocemos en primera persona la advertencia bíblica, de que el justo peca hasta siete veces...

La paradoja se da cuando disponemos de fuerzas espiritualmente irresistibles, y nos comportamos más como resignados y acobardados y no como personas que disfrutaban de la alegría y la esperanza. ¿Es cierto o no, para un creyente, lo que dice Jesús: “No temáis, Yo he vencido el mundo” (Jn 16,33)?

El mundo se hace cada vez más autónomo y, nosotros, en lugar de respetar lo que surge de la humanidad, nos guste o no, nos escondemos y dejamos que el agua de nuestra fuente del Espíritu sólo nos bañe; pero nos olvidamos de beberla. Mencionamos al Espíritu Santo, pero esquivamos su soplo. A veces nos sentimos cargados, pero parece como si nos protegiéramos de su aliento. Le invocamos en centenares de plegarias, pero demasiadas veces esta oración no se libar de la rutina. Nos disgusta la mediocridad de la vida, pero no acabamos de decidirnos a vivir con el ánimo de los primeros, que se presentaron como movidos por el Espíritu. Es una manera de hacer la Iglesia menos apostólica, aunque en la recitación del Credo digamos que la aceptamos así.

En definitiva, lo que es más espiritual ya desde su mismo nombre, el Espíritu Santo, puede quedar sacrificado por los cristianos, sólo porque no es del agrado de personas que siguen unas corrientes de un determinado secularismo de Europa. En cambio, el enfoque de la misión de Jesús, que da el Espíritu, hace que envíe los cristianos no a esconderse o a quedar acomplejados, sino a ser alternativa dentro del mundo, precisamente porque pueden ofrecer el mensaje que es más liberador.

Otras dificultades para hablar del Espíritu provienen del problema que existe en captar algo más sensible del Espíritu. Porque, en definitiva, del Padre y del Hijo nos es más fácil tener una repercusión de su forma de presentarse. En efecto, Yahvé se ha dado a conocer con palabras que llenan el Antiguo Testamento, y en el Nuevo ha sido el Hijo, hecho hombre, quien se ha mostrado corporalmente, con obras y palabras. Sin embargo, el Espíritu Santo nunca aparece como el objeto en el cual se manifiesta la acción de Dios⁵. El Espíritu permanece dentro de lo que llamaríamos un ambiente inaccesible y, como lo ha expresado von Balthasar, el Espíritu está “más allá del Verbo”⁶.

Si observamos el vocabulario, vemos que en su nombre, Espíritu Santo, ninguno de los dos términos son exclusivos suyos, porque espíritu lo son el Padre, el Hijo y el Espíritu. Santos, lo son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Tampoco la procedencia, que es su característica, es un término directo sobre él, porque, en último término, también el Hijo procede, aunque sea por generación y el Espíritu proceda por inspiración. Solamente el Padre es origen total.

En verdad, hemos de decir que lo que decimos del Espíritu Santo lo decimos por referencia a la Trinidad y por lo que obra en nosotros.

⁵ DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 15.

⁶ Hans Urs VON BALTHASAR, *Spiritus creator. Skizzen zur Theologie*, III, Einsiedeln, 1967, pp. 95-105. Es un capítulo, dedicado a la divagación sobre como el Espíritu se esconde tras la palabra; seguido por DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 13.

En la tradición cristiana no hay demasiada discusión sobre el Espíritu Santo. Pero esta situación no se debe a que tengamos un clima de fe sólida, sino que esta posesión pacífica lo hemos de atribuir a que se trata de algo incomprensible y, por esto mismo, tomamos el camino más fácil y cómodo, que consiste en dispensarnos del esfuerzo de la reflexión. La cuestión del Espíritu no es vital ni importante para mucha gente. Entre otras razones, esto se debe a que nos movemos sobre todo por las sensaciones y por todo lo que es claramente experimentable.

Este descuido teológico, espiritual, y pastoral se debe, también, a que la iglesia latina ha quedado marcada por el pragmatismo romano, para el que la Encarnación del Hijo tiene más posibilidades que el Espíritu, puesto que de la Encarnación pasamos fácilmente a crear y consolidar las instituciones.

De otro lado, al Espíritu, al cual atribuimos todo lo que es carismático y profético, lo tomamos como algo frágil y generador de inseguridad, imprecisión e incluso de desorden. Ahora bien, miradas las cosas con una cierta profundidad, observaremos que los cambios y la inseguridad en la Iglesia no se pueden atribuir fácilmente al Espíritu. Hay motivos muy serios que han originado los cambios, muchos de los cuales los hemos de atribuir a la guía del Espíritu. Por ejemplo, el retorno más claro a las Escrituras, por poner sólo un ejemplo.

En cambio, el desorden no lo ha causado el Espíritu, ni, por ejemplo, el concilio Vaticano II. La fragilidad del Espíritu no puede vencer por sí misma el egoísmo, la organización injusta del mundo. Más aún, si hay millones de personas que se organizan para promover la solidaridad, es porque son obedientes al soplo del Espíritu, que les empuja contracorriente.

El hecho es que desde hace muchas generaciones la pneumatología ha sido marginada. Por esto resulta costoso entrar en una reflexión sobre el Espíritu y, semejantemente, se debe luchar para que esta doctrina pueda empapar los otros tratados teológicos y la misma pastoral.

En el campo de la pastoral, las dificultades tampoco faltan, sobre todo en los casos que se la desvincula de una reflexión teológica adecuada, y se confunde la pastoral con la acción y la creatividad poco reflexivas. A menudo las llamadas "razones pastorales" no pasan de ser flagrantes ignorancias y perezas llamativas, en procurarse una formación permanente, paralela a la que se han de tomar los médicos, los profesores, o los reciclajes de los bancarios.

El Espíritu Santo y la Iglesia en el P. Joaquim Rosselló y Ferrà.

Acercándonos a un espíritu contemplativo y misionero perteneciente a la época que hizo de puente entre los ss. XIX y XX, comprobamos como el P. Joaquim Rosselló y Ferrà es un exponente más de la mentalidad católico-latina, según la cual el Espíritu Santo era reconocido como presente en la vida, pero sobre el cual se reflexionaba poco y los católicos no hablaban del Espíritu Santo sin entrar en disquisiciones casi metafísicas.

De hecho, como que en su sermonario no hemos encontrado ninguna predicación pronunciada en la solemnidad de Pentecostés, y tampoco sermón alguno pronunciado en la solemnidad de Pascua de Resurrección, es muy problemático captar cómo era la fe en el Espíritu Santo que nutría la vida espiritual del P. Fundador. Que no haya dejado sermones para estos días centrales del cristianismo es bien comprensible. Él nunca fue párroco ni vicario, de forma que nunca le correspondió predicar en aquellas solemnidades, en las cuales la presidencia de las misas solemnes u oficios eran reservadas a los obispos y párrocos, con la correspondiente predicación. En todo caso, si el P. Joaquim predicó alguna vez en estas solemnidades, no debió de escribir el texto o el borrador. De esta manera, tendremos que espigar unas pocas referencias al Espíritu Santo, que nos conduzcan a descubrir como creía el P. Joaquim.

De modo semejante, nos interesa también entrar en la visión que el P. Fundador recibió de la Iglesia, que es la comunidad dentro de la cual somos cristianos y desde la cual somos enviados como misioneros en medio del mundo.

Esta iglesia es la católica. El P. Joaquim no pertenece a la galería de católicos acomplejados. Su familiaridad con la hagiografía incluso le hizo un católico próximo al triunfalismo. Por contraste,

conocía las fragilidades históricas, combatidas por los grandes santos reformadores, y le eran familiares las debilidades de los creyentes, conocidas en miles de confesiones. No le eran ajenas las miserias de los religiosos y religiosas, a muchos de los cuales dirigía. Que conocía muy de cerca las carencias de cierto clero, lo muestra en la *Última Exhortación* y lo reconocieron los obispos, cuando le encomendaron proceder al discernimiento con ciertas personas heridas, y se pudo hablar con acierto de su “ministerio de la piscina”⁷, con alusión a ciertas escenas de curación narradas por el Evangelio.

Lo que presentaremos del P. Fundador quedará incluido en cinco puntos:

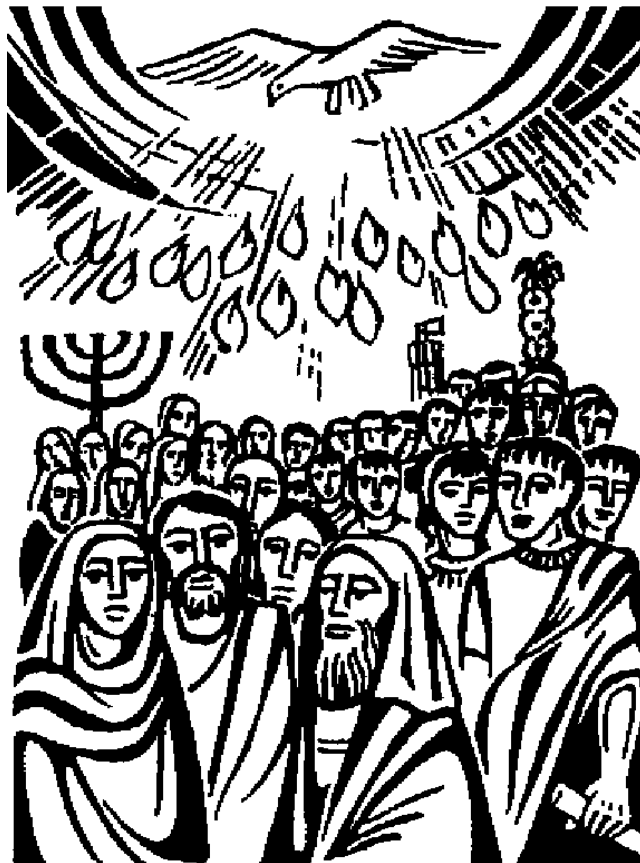
Un apartado más bien teológico, en el sentido que se refiere a la encarnación del Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo.

Un segundo más eclesiológico -que pertenece, evidentemente a la teología- y consiste en ver cómo el Espíritu Santo ha presentado la Iglesia al mundo.

Un tercer punto mostrará cómo el Espíritu hace que los creyentes se reúnan en comunidad o iglesia, porque habla por las Escrituras, i actúa según nos lo muestra la Palabra.

Seguidamente recogeremos cómo el Espíritu dirige a la Iglesia. En este sentido veremos que, según los Hch, ha sido el mismo Espíritu que ha puesto a los obispos como pastores. De aquí pasaremos a hablar de la iglesia local.

Y, finalmente, recogeremos unos datos, con las cuales el P. Fundador mostró su profunda fe en el Espíritu Santo, que conduce interiormente a la persona, y la llena de sus dones.



⁷ Josep AMENGUAL I BATLE, *Columna y Antorcha de la Iglesia de Mallorca. P. Joaquim Rosselló i Ferrà*, Madrid 1996, pp. 269-271 = Manuel SOLER PALÀ – Josep AMENGUAL BATLE, *Joaquim Rosselló i Ferrà. Un misionero de corazón*, (BAC popular 132) Madrid 1997, p. 205.

1.- Aportaciones de la pneumatología

Debemos empezar por ir a las raíces de la fe cristiana, y así observaremos de inmediato que la pneumatología nos presenta una reflexión sobre el Espíritu muy vinculada a la teología de Dios⁸, por más que a menudo se convierta en el tratado del Padre, al lado del cual colocamos la cristología.

Cómo hemos indicado, el Espíritu Santo quedaba siempre descolgado de la reflexión católica latina. De hecho, a menudo hemos hecho una teología monoteísta, de la cual podríamos extraer las citas del Nuevo Testamento, y podría valer para los judíos y bastante para los musulmanes. Si hubiera habido una exigencia más bíblica y patrística en los católicos, extremando las cosas, osaría decir que, para los que menos utilidad tendría el tratado de Dios, sería para los mismos católicos.

Ahora bien, cualquiera que sea la extensión y el lugar que ocupe la reflexión teológica sobre el Espíritu Santo, desde el momento que nos acerca no solamente al monoteísmo, sino que nos adentra dentro aquello que es Dios, es decir, la Trinidad, ya queda suficientemente justificada.

Así, podemos decir que la pneumatología toma un sentido teológico y nos dice quién es Dios, y que Dios es sobre todo Padre, Abbá (Rm 8,15; Gl 4,6). No nos muestra un Dios cualquiera, ni solamente el Dios de la revelación, que nos hermana con el judaísmo y, si se quiere, también con el Islam, sino que esta reflexión teológica nos hace asumir con toda su capacidad el Dios revelado en Jesucristo, que es el Dios de la fe en el Padre, en el Hijo y en El Espíritu Santo. Y nos subraya cómo es este Dios trinitario. Según Jesús, Dios es Espíritu (Jn 4,24).

La pneumatología toma también un sentido cristológico, mucho más porque el Espíritu es un don del Cristo (Jn 20,22), que porque María concibió por obra del Espíritu Santo (Mt 1,18; Lc 1,35).

Coherentemente con sus orígenes, Jesús, además, manifiesta su mesianismo porque es el hombre lleno de Espíritu. Así, nosotros leemos en Lc 4,18, como Jesús fue a la sinagoga, se puso a leer y encontró el texto del profeta Is 61,1 2: "El Espíritu está sobre mí..."

Desde un horizonte más originario y de más alcance ecuménico, la pneumatología contribuye a dar un sentido antropológico, en el cuanto que nos dice que el espíritu es creador de vida (Gn 1,2; Ez 37,10). Es cierto que todavía no podemos hablar del Espíritu Santo, sino de una fuerza de Dios que, progresivamente, en el Nuevo Testamento reconoceremos como el Espíritu del Creador y del Resucitado, iniciador de una nueva creación. En Rm 8,11, Pablo declara que el Espíritu es poderoso incluso por resucitar a los muertos. Es decir, proyecta la fuerza del Espíritu a partir de la victoria definitiva de Jesús resucitado sobre el último enemigo, que es la muerte. En el Espíritu encontramos el origen de la existencia y la explicación de la muerte.

Las aportaciones a una comprensión de la Iglesia mucho más profunda y vinculada a la historia de la salvación dependen de una visión completa, que incluye irrenunciablemente el Espíritu Santo. El mismo concilio Vaticano II lo recuerda, cuando nos dice que el Iglesia fue anunciada y preparada en el antiguo Testamento, reunida y realizada por Jesús, redimida por el Traspasado, no es presentada al mundo hasta Pentecostés, que señala los comienzos de los tiempos del Iglesia (Hch 2,1-14).

A partir de este acontecimiento, es cuando todos y cada uno de aquellos hombres y mujeres serían llenos del Espíritu Santo, y ya fue Jesús quien explicó aquel acontecimiento, sino que uno de los sus discípulos se dirigió responsablemente, lleno del Espíritu Santo, a todo el pueblo y a los prosélitos de todo el mundo, para justificar cuanto han visto y oído.

La Iglesia se presenta plenamente humana, hecho que tendrá las consecuencias históricas que bien conocemos; pero todos los que aceptan el Nuevo Testamento nunca la podrán reducir a una creación humana, sino que habrán de ver en ella un fenómeno del Espíritu, débil, porque es una

⁸ Véase, Manuel SOLER I PALÀ, *Aproximació al misteri de Déu*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1983, pp. 271-334.

magnitud histórica, que sin embargo existe por el Espíritu Santo. En ella habita el Espíritu, y es el Espíritu el que en último término la guía (Rm 8,27).

Los problemas de esta existencia paradójica, marcada a menudo por escándalos, no se resuelven en profundidad con soluciones puritanas. Ni podemos eliminar las personas humanas, ni tampoco podemos anular el Espíritu. Corremos el riesgo de escandalizarnos de la Iglesia, porque podemos tenernos por justos, lo cual sería entrar por el engaño de la mentira. La capacidad de vencer este escándalo es una de las aportaciones eclesiológicas de la pneumatología.

Todo esto nos lleva a ver otros valores de alcance ecuménico. La Iglesia occidental está marcada por elementos jurídicos que la hacen muy estructurada. En cambio, los orientales tienen unos márgenes más anchos en su vida, porque su eclesiología es mucho más pneumatológica. Los occidentales hemos tomado cierta conciencia de esta eclesiología a partir de los contactos con las iglesias orientales.

Podemos observar también una cierta revitalización de la pneumatología a causa de los movimientos carismáticos que, desde el mundo protestante, han incidido en determinados ambientes de la Iglesia, en la cual han contribuido a animar hacia una renovación, aun cuando muy concentrada en formas de plegaria extralitúrgica, y no tanto en la misión, ni en la acercamiento a los pobres, como pide el Evangelio y el concilio Vaticano II. De aquí que, como en toda manifestación eclesial, hace falta proceder a un discernimiento pastoral, para que todos contribuyamos a la misma causa de la salvación.

Desde el ángulo de la celebración litúrgica, debemos decir que la Iglesia es el lugar y el sacramento del Espíritu. El Espíritu fue el impulso primordial de la Iglesia primitiva, aliento que se perpetúa en la proclamación de la Palabra y, bien especialmente, en la celebración litúrgica. Por ello, la teología debe ser una reflexión funcional: encaminada hacia una praxis, que empieza por el anuncio y la celebración cristianas. De esta manera, dejará de ser una ciencia marginal.

Sin embargo, estas interconexiones no nos permiten pensar que la pneumatología sea la solución a los problemas de la teología, aun cuando en muchos aspectos puede conducir a una revitalización y a una profunda reflexión y revisión de sus planteamientos.

1.- El Espíritu como hipoteca y como interpelación:⁹

Generalmente consideramos al Espíritu como un don, como un bien de la Iglesia ("esto es un don del Espíritu", solemos decir). Son muchas las expresiones bíblicas que presentan el Espíritu en estos términos, más aún lo atestiguan como el gran don. Pese a esto, todo aquello que afecta las criaturas tiene una vertiente problemática, por lo cual, no siempre somos capaces de acertar en el discernimiento cuando en las realidades de la vida debemos verificar si nos encontramos en una presencia y una acción del Espíritu Santo o si estamos ante una situación que proviene de un espíritu no santo. Estos riesgos no pueden hipotecar de ninguna forma la capacidad de recibir el máximo regalo de Dios, su gran don, que es el Espíritu Santo. El discernimiento siempre será obra humana, imperfecta y limitada, pero en realidad obra imprescindible dentro el proceso de nuestra historia guiada por el Espíritu.

Cuando hablamos del el Espíritu Santo surgen varias asociaciones con realidades humanas que son más características de las personas, miradas desde su capacidad de acoger la salvación. Mencionaremos algunos de estos campos de referencia.

Espíritu e interioridad:

El Espíritu es un don, un carisma que, en lenguaje bíblico, se entiende como un don otorgado a una persona; pero con referencia a la comunidad. Tiene una expresión que lo muestra como una tarea, un servicio y otra que resalta su gratuidad. Si es don, es gratuito. Esto de buenas a primeras nos hace pensar en una oposición que puede haber entre gratuidad y la institución. De la invisibilidad de este don sacamos una oposición a aquello que es visible. Enfrentamos carisma e

⁹ Christian SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, (Koinonia 29), Salamanca 1991, pp. 14ss.

Iglesia. El mundo interior es el espacio del Espíritu, mientras que la institución se ocuparía de los quehaceres visibles.

Con esta manera de concebir la interiorización del Espíritu desembocamos en una concepción individualista de la salvación que, además, la considera como un asunto del más allá. Es decir, la salvación no acaba de encontrar su lugar dentro la historia.

Una tercera derivación la tenemos en la percepción de que el Espíritu fomenta las virtudes pasivas: la capacidad de sufrir, la paciencia, la resignación, etc.

Con esta conexión marcada por el intimismo es plausible que la acción bíblica del Espíritu hacia el exterior queda oscurecida.

Ahora bien, estas antinomias parten de una visión dualista de la existencia. La interioridad del don del Espíritu en manera alguna fomenta el intimismo, sino que desarrolla nuestra conciencia de la profundidad de la persona humana, que puede quedar oscurecida con una visión meramente sensual de las personas, con lo que toda la realidad podría quedar reducida a lo epidérmico. Pero, la experiencia del Espíritu desde la profundidad personal se derrama y se manifiesta en el amor, en el entusiasmo, en la comunicación y en la plegaria. El amor se convierte en impulso para la misión.

Espíritu y orígenes:

Si consideramos el Espíritu como don, también debemos decir que lo han reivindicado las épocas innovadoras, que podríamos considerar "momentos de origen". Así, al Gn 1,2, leemos que el Espíritu revoloteaba sobre el caos primitivo.

Si miramos la presencia de Jesús en el mundo veremos como al inicio de la tarea de Jesús aparece de buenas a primeras el Espíritu (Lc 1,35; Mt 1,18; Mc 1,10-12).

En el libro de los Hch 2,1-13, encontramos como la Iglesia es fruto de Pentecostés.

Si decimos que el Espíritu es al inicio, en los orígenes ¿es que hoy la Iglesia no tiene Espíritu? Hay el peligro de hacer esta afirmación. Sin embargo, no debemos caer en la idealización de un momento, de una plasmación de la Iglesia, de tal manera que no adivinemos que el Espíritu es más importante que cualquier momento histórico. Así, cuando privilegiamos un momento histórico, no debemos relativizar la fuerza del Espíritu, que es operante en todo momento. También nuestro momento es una hora del Espíritu.

Espíritu e intelecto

Se trata de una correlación fácil. Si lo observamos en la entrada del Espíritu en el dogma, nos percatamos de como esta relación ha desembocado en formulaciones muy precisas e incluso profundas.

Ahora bien, esta conexión no es exenta de peligros. En primer lugar podemos pensar que el Espíritu debe ser controlado por el pensamiento. Puede, además, tener otra derivación, que consistiría en pensar que el Espíritu inspira tan globalmente el ministerio, según la cual impere la convicción de que el ministerio coincide con el Espíritu, de manera que siempre es manifestación del Espíritu, como si se tratara de una conexión automática entre ambos. No faltan expresiones que se aproximan a esta simplificación, en todos los grados del ministerio ordenado.

Otro caso que muestra la relación entre el Espíritu y el intelecto lo observamos en determinadas formas de explicar la inspiración verbal de la Escritura, que puede caer en auténticos casos de materialismo. Los profetas, evangelistas y apóstoles escribieron inspirados por el Espíritu, pero su personalidad y su genio no quedaron anulados. Si la inspiración fuera tan ligada a la palabra, las versiones de la Biblia serían contraproducentes, y no deberían leerse. Mucho menos podrían proclamarse en la liturgia.

En nuestro mundo proclive al pragmatismo, el entendimiento puede apropiarse una tal preponderancia que llegue a desespiritualizar el mundo, precisamente porque encuentra que el

Espíritu es poco útil. Es el caso típico en el que la inteligencia, que es una capacidad espiritual, anula el Espíritu, la posibilidad de una realidad trascendente.

Otra manifestación del abuso de la conexión entre espíritu y entendimiento es el dogmatismo, que no admite la historia ni la confrontación con otras manifestaciones del Espíritu, en otras personas o en otros grupos o comunidades, o según otros sistemas mentales.

Consecuencias:

No siempre la renovación se inspira en el Espíritu. El Espíritu puede quedar marginado. Esto se ha dado tanto en la teología trinitaria, que puede desembocar en fórmulas vacías, como en otras ramas teológicas. La misma celebración litúrgica atrapada por la palabra y el movimiento constante, puede ahogar la manifestación del Espíritu.

La pastoral activista, con poco espacio para la meditación, la contemplación, el silencio, tiene pocas oportunidades para que la penetre el aliento del Espíritu.

Una segunda consecuencia negativa se da en los casos en los cuales la presencia del Espíritu se considera como un fenómeno llamativo i espectacular. En estos casos se le priva de su fuerza real i profunda. En vez de provocar un encuentro con el Espíritu creador, se fomenta la escenografía de las gesticulaciones humanas.

Una tercera consecuencia la tenemos cuando se provoca la ahistoricidad del Espíritu. Esta situación se da cuando suponemos que Espíritu e historia se contraponen como realidades extrañas. Se ensalza tanto el Espíritu, que queda desconectado de la vida humana. Entonces lo consideramos vano e inoperante. En estas circunstancias, lejos de ser algo de vivificador, pierde impulso y queda inactivo.

2.- Hacia la determinación del lugar y de las tareas de la pneumatología

Hará falta que refresquemos algunas nociones de la metodología teológica, aplicándolas a este capítulo.

El Vaticano I propone tres vías por hacer teología: la vía de analogía, la vía de relación de los misterios entre si, y la vía de relación de los misterios con el fin último de la persona humana.

Empezamos por aplicar a la pneumatología la segunda forma de reflexionar teológicamente, relacionándola con los otros misterios, tales como la el misterio del Padre, la cristología, la eclesiología, la gracia y la creación¹⁰.

Justificamos nuestro proceder, en que fe y Espíritu han hecho camino juntos. Y, por más que el Espíritu no cae bajo observación, una serie de experiencias, que han marcado este camino, son accesibles en dos textos principales.

El primero, tomado de la expresión de fe trinitaria, que es en su origen del anuncio del Evangelio, "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", (Mt 28,19). Este pasaje ha originado varias formas de plegaria, como el "Gloria al Padre", y algunas fórmulas de los credos primitivos, por ejemplo, el tercer artículo de la fe: "Creo en el Espíritu Santo, etc.". Esta fórmula encuentra varias expresiones según los contextos diferentes, en los cuales surgieron los símbolos de la fe, ya que la fe nunca se expresado sin inculturarse.

Esto quiere decir que una expresión completa de la fe cristiana no puede nunca renunciar a hablar del Espíritu. La fe en el Espíritu Santo conduce necesariamente a elaborar una pneumatología que afecta todos los tratados. Se trata de proceder a una revitalización de toda la teología a partir de la fe en el Espíritu Santo. Por esto, siguiendo la segunda forma de hacer teología,

¹⁰ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, pp. 26ss.

ahora nos dedicaremos brevemente a ver las vinculaciones del Espíritu Santo con los diversos ámbitos teológicos¹¹.

Estos espacios teológicos, evidentemente, siempre surgen marcados por las culturas, vivificadas por el Espíritu, que sobrevuela toda la creación, desde los inicios, más allá de lo que hace visible la Iglesia.

Teología como pensamiento pneumatológico¹²

La misma concepción de una dogmática desde la perspectiva de la historia de la salvación ha sido planteada en términos que hablan de una irrenunciable función del aspecto pneumático y pneumatológico¹³.

Efectivamente, la comprensión de la fe crece en la medida que nos guía el Espíritu. Es decir, en la medida que tiene un carácter neumático.

Una teología, que piensa en perspectiva pneumatológica, en nuestros días es más un proyecto que una realidad. El modelo vigente ha sido más bien cristocéntrico. Ahora bien, este modelo no debe ser sustituido, sino que debe ser corregido, modificado y enriquecido.

El planteamiento pneumatológico no quedará cerrado por la distancia que hay entre el espectador y su objeto, sino que se desarrollará a partir de la coincidencia y el acuerdo entre el sujeto pensando y el Espíritu como sujeto.

Esta forma de pensar quiere percibir el mundo y el tiempo en la presencia del Espíritu, a partir de un tipo de pensamiento que evite algunas limitaciones del método crítico científico, por más que no pretenda negar su legitimidad. Su perspectiva es sitúa en la visión y en la percepción de la vida y de la realidad en el horizonte del Dios que está con nosotros en su Espíritu.

El pensar pneumatológico es esencialmente crítico y profético; celebrativo y de alabanza; un mundo y Dios; un razón y corazón. Hazaña así la teología ofrece su visión a la universalidad de los saberes.

Cristología y pneumatología:

La pneumatología es posterior a la cristología porque de hecho el misterio cristiano nos revela directamente a Cristo. Pero la cristología sólo es posible si se orienta desde la pneumatología. Cristo es hombre por obra del Espíritu Santo, y posteriormente anuncia la Buena nueva movido por él mismo, que lo presenta mesiánicamente en el Jordán¹⁴, etc.

Consecuencias por la cristología:

a) En cuanto a la identidad de Jesucristo, confesamos que Jesús es el Cristo desde que hay Espíritu. En la Resurrección el misterio de Jesús queda revelado, y las confesiones de fe en su divinidad cobran todo su sentido. Hasta este acontecimiento pascual, creer en la divinidad de Jesús era sólo una actitud incipiente, como incipiente era su revelación. ¿Qué alcance tenían las confesiones que conocemos? No sabríamos decir más que eran un antecedente del que sería el acto de fe pleno, una vez que Jesús liberó su Espíritu.

b) El Espíritu que envía hoy Jesucristo a no enmienda nada de la historia previa, sino que le da plenitud, en el sentido que los acontecimientos prepascuales se iluminan y quedan más integrados dentro el plan de salvación del Padre.

¹¹ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, pp. 15-27.

¹² SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 27.

¹³ Cf. J. FEINER - M. LÖHRER, *Mysterium Salutis. Fundamentos de la dogmática como Historia de la salvación*, I, Madrid ³1981, pp. 36-38.

¹⁴ Heribert MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, (Koinonia 1. Secretariado Trinitario), Salamanca 1974, pp. 276-284.

c) Los acontecimientos de Jesús, mirados desde la perspectiva pneumatológica, aparecen más comprensibles, y las antinomias que surgen pierden importancia, como pueden ser la contraposición del Jesús histórico y el Cristo de la fe, la contraposición entre cristología hecha desde arriba o desde bajo.

Consecuencias para la pneumatología:

Hay interrelaciones en tres aspectos principales:

a) El misterio de Cristo es irrepetible y se actualiza, gracias a la fe en un Espíritu que vivifica.

b) El acontecimiento Cristo no se realiza dentro de nosotros, pero gracias a la fuerza del Espíritu este misterio de Jesús actúa en nosotros. El Espíritu interioriza en el creyente aquello que es externo, Cristo.

c) Cristo intercede por nosotros, pero lo hace no gracias a nuestra fuerza sino por nosotros. Es una cuestión de antropología, en la cual se pone de manifiesto la gratuidad. Dios no actúa por nuestros méritos, sino que lo hace en virtud del Espíritu, gracias al amor que derrama en nosotros (Rm 5,5). El Espíritu hace posible que, sin intervención nuestra, Cristo nos haya redimido. Por esto podemos decir que este Cristo tiene una fuerza única no en virtud de su constitución humana, sino en la fuerza de la Espíritu.

La cristología necesita de una vinculación permanente con la pneumatología. Entre Cristo y nosotros ha de haber la fuerza del Espíritu Santo, que nos lo revele. La pneumatología aproxima la cristología a nosotros, la hace significativa. A su vez, la misma pneumatología necesita de la cristología, ya que la revelación del Espíritu acontece a partir de la Resurrección (Jn 7,39). La cristología está en origen de la pneumatología, porque el Espíritu proviene del Padre y del Hijo.

Eclesiología y pneumatología:

Las imágenes de la Iglesia necesitan una categoría, unos instrumentos de comprensión, para que podamos ver cómo responde a una única pretensión, que hace que, en último término, la Iglesia sea sacramento del Espíritu.

Son varias las razones que tenemos para plantear el tema en estos términos. En primer lugar, en los orígenes de la Iglesia hay una fuerte presencia de la Espíritu (Hch 2). Más todavía, el Iglesia se presenta al mundo gracias a la fuerza de Pentecostés. Este acontecimiento, que en Juan tiene lugar en el día de Pascua, cuando el Traspasado-Resucitado se identifica con el Jesús conocido, mostrando las llagas, y derrama. Esta misma revelación en Lucas se escenifica a lo largo de los 50 días. La realidad es la misma, pese a que la presentación o catequesis sea diferente.

Gracias al Espíritu el movimiento que crea la Iglesia no es sólo un cambio social, sino que es la creación de un grupo o comunidad que se origina desde el momento que recibe una nueva relación con Dios. A partir de entonces hay un hecho nuevo, que consiste en que Dios, gracias al Espíritu, se compromete en la historia, con la creación de un nuevo pueblo.

Si observamos la génesis de los símbolos de la fe, apreciaremos como la mención de la Iglesia no entró en los mismos de la misma manera que mencionan a la Trinidad. La fe que merece la Iglesia no va precedida por un *in*, "en", como cuando se refiere a Dios, al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo. La Iglesia no es un referente para una relación personal, para una muestra de amor personal. No nos lanzamos hacia la Iglesia, como lo hacemos hacia el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo. La fe como confianza y entrega no tiene la misma tendencia hacia las Personas de la Trinidad, que la que nos hace entrar en relación con la Iglesia. Por eso, cuando el Credo nos hace decir que creemos en el Espíritu Santo, está cláusula va seguida de un punto ortográfico, y nos induce, seguidamente, a aceptar, a admitir a la Iglesia, santa, católica y apostólica¹⁵. Esta Iglesia es el espacio privilegiado para que se manifieste la acción del Espíritu Santo. Por esto amamos a la Iglesia, como a una comunidad y a un pueblo querido por Jesucristo, y como aquella comunidad que el mismo preparó y que actualmente purifica indefectiblemente, por la Palabra y los sacramentos.

¹⁵ H. DE LUBAC, *Méditation sur l'Église*, Paris 1953, pp. 19-27.

La Iglesia, de esta manera, anunciando y mostrando a Cristo resucitado, se convierte en Sacramento de salvación. El acceso a Cristo se realiza a partir de ella, como instrumento de salvación, no señora de la salvación. Es el Espíritu de Cristo que vivifica esta Iglesia, por lo cual se convierte en sacramento, puesto que el Espíritu hace más patente la presencia de Dios en sus acciones.

Esta fe y el amor a la Iglesia que genera es capaz de superar las pruebas del pecado, de los secándolos y de las incoherencias. No es serió decir que la Iglesia es santa, pero que sus miembros son los pecadores. ¿A caso la Iglesia es una abstracción, o una comunidad también plenamente humana, y, por tanto, por definición, limitada, es decir pecadora, aunque santificada por Cristo y destinada a vencer el pecado con él, y no condenada a pecar?¹⁶

Esta Iglesia, manifestada y santificada por el Espíritu Santo, recibe el encargo del Resucitado de salir al mundo. Pero la realización de la misión se origina en el hecho que el Espíritu nos conduce a ver que no es posible reservar la fuerza de la revelación a la comunidad ya formada. El Espíritu en cada Pentecostés, envía a la comunidad más allá de toda frontera religiosa, como podía ser la de Israel, supera toda limitación cultural. Todas las lenguas y culturas representadas en los pueblos presentes en Jerusalén, forman el campo en el cual el Resucitado envía sus discípulos a predicar y a inaugurar la tarea congregar discípulos para dar continuidad y extensión a aquella misión.

La misión se origina en el hecho que el Espíritu nos lleva a ver que no es posible reservar la fuerza de la revelación a la comunidad ya establecida. El Espíritu en cada Pentecostés, obro la comunidad parte sobre toda frontera religiosa, como podía ser la de Israel, y cultural. Todas las lenguas y culturas representadas en los pueblos presente en Jerusalén, son el campo en el cual el Resucitado envía sus discípulos a predicar y a empezar la tarea de congregar discípulos para dar continuidad y extensión a aquella misión.

Si avanzamos en nuestra reflexión, nos planteamos cómo el binomio institución-libertad debe ser integrado. De una parte la Iglesia es una comunidad, lo cual le da rasgos institucionales. Por la otra, gracias al Espíritu, la Iglesia se mantiene viva y se manifiesta en la fuerza y según la personalidad de cada uno, que se integra en el proyecto que el Padre ha iniciado con el bautismo con los que han sido hechos hijos de Dios.

La Iglesia ya es una realidad histórica, hasta el punto que el Espíritu hoy en día clama dentro nosotros y anhela que esta historia llegue a la plenitud (Rm 8,1-16). Impulsados y destinados a una plenitud, la historia es un primer estadio para toda persona, que ha recibido, también, una vocación trascendente.

Doctrina sobre la gracia y la pneumatología

En el tercer artículo del Credo proclamamos que el Espíritu habita en nosotros y, lejos de anularnos, nos vivifica y desarrolla nuestra identidad. De aquí que estamos en el mundo sin necesidad de ser absorbidos por este mundo. En la historia podemos ser criaturas nuevas, capacitadas para transformarla.

La gracia adquiere, en virtud del Espíritu, una dimensión eclesial. Si estamos habitados por un mismo Espíritu quiere decir que damos comienzo a una realidad común, que es la Iglesia, la cual, a su vez, es la que inicia el nacimiento en el Espíritu de toda nueva criatura creyente. Todos los bautizados somos solidarios en una misma causa; todo somos movidos por el mismo Espíritu. El hermanamiento espiritual, que surge en Pentecostés, también hoy se manifiesta en una misión y en unas tareas de evangelización y de humanización que pertenecen a la historia, es decir al proyecto de la Iglesia y que se concreta en cada Iglesia. O sea, que la iglesia local da una visibilidad a la obra del Espíritu.

Por este camino podemos tener una visión más rica de la celebración sacramental, en la cual la asamblea reunida hace presente Cristo resucitado, por la invocación del Espíritu de Cristo. La

¹⁶ AMENGUAL I BATLE, *L'Església com a Poble de Déu*, pp. 240-267.

celebración no tiene un fin en sí misma. Durante su desarrollo se recogen los dones para los pobres y para la celebración, se proclama la reconciliación y se da el abrazo realista de la paz, se anuncia la palabra de salvación y del amor, amor y salvación que se han de palpar en la vida.

Doctrina sobre la creación y pneumatología

Hablar del Espíritu necesariamente nos lleva a los orígenes, cuando el espíritu de Dios sobrevolaba sobre el caos primordial. Es cierto que el Antiguo Testamento no conocía el Espíritu como persona en la Trinidad. Pero se manifestaba la fuerza del Dios creador que, esencialmente debía ser espíritu. La creación aparece como una acción de Dios, que es libre y que pone el mundo en dependencia de Dios. No como alternativa a Dios ni como una magnitud ajena a Dios y abocada a la nada o al caos. Todo esto hace que, cuando hablamos con profundidad del sentido y del destino del mundo y de la historia, lo haremos coherentemente si contamos con Dios, de quien todos y todo provenimos, dependemos, y estamos destinados a Él, que nos espera.

Hay otras interpretaciones, las cuales, pero no son más satisfactorias que la que proviene del mismo Dios. No es una exigencia científicamente probada que la historia esté cerrada a la trascendencia. La infinidad de preguntas infinitas no recibirán una respuesta definitiva. Aún prescindiendo de la revelación judeo-cristiana tener una esperanza en algo trascendente tiene un valor antropológico. Puede ayudar a que la persona descubra más su sentido.

Por el mismo hecho de que la Iglesia esté vivificada por el Espíritu se presenta como una comunidad no acabada, en espera de la plenitud.

Encontrar a Dios creador hoy es un don del Espíritu que, en la sucesión de los días, de los acontecimientos, nos abre los ojos hacia aquel que escondido sostiene el cosmos, bello, rico, misterioso, como la patria consistente de la humanidad.

Escatología y pneumatología

La creación lucha por llegar a su plenitud y, según la Palabra, ya tenemos las primicias del Espíritu. No se trata sólo de una simple promesa. La historia de la Salvación nos muestra realidades patentes para los creyentes: ahora ya somos hijos en el Hijo, gracias al Espíritu que nos hace clamar, *Abbà*. Por esto, la historia nunca está acabada y, tanto personalmente como colectivamente, aspiramos siempre a algo trascendente. La esperanza cristiana no es un puro esperar. Hay algo más, que es el Espíritu que despierta en nosotros un anhelo infinito, y en el Misterio Pascual nos da garantías de que marchamos hacia una culminación, en el Hijo. La paciencia histórica recibe la luz de la esperanza en la victoria del Resucitado sobre el último enemigo, que es la muerte. En efecto, el Espíritu que hemos recibido es capaz de resucitar nuestros huesos mortales. La resurrección, que nos hará como espíritus, nos permitirá llegar a la plenitud que, con unos ojos transformados, no agradecerá con la visión de Dios cara a cara.

II.- Planteamientos Bíblicos¹⁷

1.- Antiguo Testamento

En la literatura hebrea encontramos un término *ruah*, que tiene el significado de soplo, y que aparece 378 veces. Traducido en griego por *pneuma* aparece hasta 277 veces¹⁸, en la versión denominada de los LXX. Pero solamente en 90 ocasiones se refiere al espíritu que Dios crea o envía¹⁹.

Ruah tiene un triple significado²⁰: viento²¹; aliento de Dios²²; fuerza que da vida al hombre; fuerza de Dios, mediante la cual Dios actúa, física y espiritualmente. Por cierto, la primera manifestación pneumatológica en las Escrituras se refiere al mundo físico, Gn 1,2²³.

Siguiendo el proceso de las aportaciones bíblicas, podemos ascender hacia ver en el espíritu un principio psicofisiológico²⁴, según el cual el término *ruah* significa el espíritu del hombre, que hace que su carne sea un ser operante, mientras está presente en él. También significa los espíritus o tendencias malignas del hombre, como la envidia, el odio, la impureza, etc.

No se opone al cuerpo, sino que *ruah* se opone al término carne, entendida como debilidad, cfr. Is 31,3: “los caballos de Egipto son carne, no espíritu”.

Si comparamos la mentalidad hebrea con la helenista vemos como por aquella, *pneuma* es principio de acción, energía, fuerza; en cambio para los helenistas es esencia, substancia. Sobre toda la palabra expresa la fuerza que hay en el viento, en el aliento²⁵.

Si trasladamos el término y la aplicamos a Dios veremos como aparecen dos horizontes diversos. Cuando decimos que Dios es Espíritu, para la mentalidad hebrea esto quiere decir que es una fuerza, viento, potencia y, particularmente, llega a significar el principio dinámico, regulador del gobierno divino, que se muestra en manifestaciones carismáticas y también en mociones internas y transformaciones del corazón humano. El Espíritu tomará el corazón de piedra, para cambiarlo en un corazón de carne²⁶.

Para la mentalidad helenística *pneuma* expresa inmaterialidad. No es necesario ver oposición entre materia y espíritu; pero corremos el riesgo de ponerla. Baste recordar al platonismo, con las secuelas que ha tenido para la valoración del cuerpo y del sexo, que en la Biblia nada no tienen de negativo. Añadamos una tendencia a crear espiritualismos, que desenganchan a los creyentes de los compromisos en este mundo creado por Dios. No es inevitable establecer dualismos, pero recordamos el maniqueísmo.

De aquí que el término espíritu, en la Biblia, admite varios sentidos²⁷, según los efectos que produce y de acuerdo al contexto en que el término aparece. Significa vida, también inteligencia, sabiduría. De modo semejante expresa el centro de acción y de la voluntad humana²⁸. En último término significa Dios mismo.

Encontramos el vocablo en distintas épocas:

¹⁷ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, pp. 24-26.

¹⁸ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 29.

¹⁹ José DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu. Pneuma- Dynamis*, (Teología Deusto, 6.- Universidad de Deusto-Mensajero), Bilbao 1974, p. 20.

²⁰ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 30.

²¹ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, pp. 22-23.

²² DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, pp. 24-26.

²³ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, p. 21.

²⁴ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, pp. 26-32.

²⁵ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 147.

²⁶ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, pp. 32-46.

²⁷ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 31.

²⁸ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 148.

Jueces: el Espíritu se caracteriza por ser un productor de personas carismáticas y posa también sobre los guerreros. Es el Espíritu quien se posesiona de los hombres²⁹. 3,10, sobre Otniel. 6,33, sobre Gedeón. 11,29, sobre Jefté, 13,25, sobre Sansón, cfr. 14,6.19.

1Samuel: el Espíritu otorga el carisma líder de personas que deben conducir el pueblo de Dios³⁰. 10,6.13 , 11,6, 16,13 (David).

Profetas: el Credo dice que el Espíritu habla por boca de los profetas³¹. Estamos en el tiempo anterior al exilio, durante el cual no existe el concepto de espíritu³². Porque el profeta anuncia la voluntad de Dios; pero no debe realizar hechos maravillosos. Al profeta bíblico le corresponde la persecución y puede llegar al mismo martirio. Puede surgir la contradicción entre lo que el profeta quiere y lo que Dios le manda. Esta situación se puede observar hasta 50 veces en Isaías y 46 en Ezequiel.

En el postexilio aparece como el profeta se pone en relación con el Espíritu, y entonces empieza el tiempo en que se le denomina Espíritu Santo³³. Véanse los pasajes de Zc 7,12; Is 63,11; 2Cr 15,1; 24,20.

En los tiempos de la monarquía asistimos a la institucionalización de la acción de Dios en el rey, de forma que surge la expresión de que el Espíritu protege la persona del rey, repone sobre él, sobre su persona, aunque no necesariamente sobre sus acciones. Salomó tiene el Espíritu, pero su sabiduría y sus acciones no venden directamente del Espíritu, sino que son del rey³⁴.

Surge en estos tiempos la figura del Siervo de Yahvé, el cual poseerá el Espíritu, Is 42,1.

Como síntesis general, observamos que durante Monarquía tardía el Espíritu se da a los individuos y a todo el pueblo. La época mesiánica será la definitiva, en la cual habrá la transformación de los corazones por el don del Espíritu, como lo anunció Joel 3,1 15). En los últimos tiempos del Antiguo Testamento, Dios mismo es denominado Espíritu y Espíritu Santo, de forma que no podemos distinguir Dios del Espíritu de Dios. Dios, a través de su actuación, hace que la historia no sea profana, sino que la transforma en historia santa, acompañada por el mismo Espíritu.

²⁹ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 33.

³⁰ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 33. SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 148.

³¹ JOSÉ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu. Pneuma- Dynamis*, (Teología Deusto, 6.- Universidad de Deusto-Mensajero), Bilbao 1974. CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 34.

³² SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 149.

³³ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 150.

³⁴ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 163.

Expresiones al Nuevo Testamento³⁵

Como la antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento primero reconocemos una experiencia del Espíritu antes de una teoría sobre su condición³⁶. Hay muchas dimensiones del Espíritu en el Nuevo Testamento. De las 379 veces que aparece, 158 se encuentran en la literatura paulina, con significaciones lo suficiente diversas³⁷.

A veces significa la capacidad de discernimiento, que se manifiesta en Jesús, capaz de desenmascarar Satanás.

Esta fuerza de la antiguo Testamento es característica de las expresiones de Mc y Mt. En realidad encontramos reminiscencias de la antiguo Testamento, según las cuales el Espíritu es como la fuerza de Dios.

En primer término, vemos como en Jesús se cumplen las promesas. La Buena Nueva, Mc 1,15, empieza a manifestarse en el bautismo de Jesús. Antes Jesús no aparece como aquel que actúa según el Espíritu. En el bautismo de Jesús se inaugura una nueva época, cuando Jesús es declarado Mesías, y también será el que dará el Espíritu³⁸. Mc 1,11 y Mt 3,17: Jesús es el Hijo estimado en quien Dios se ha complacido.

Esta teofanía impacta la conciencia de Jesús, y le confirma una condición que le es propia, la de Hijo.

Según Jn 10,36, Jesús toma conciencia de ser aquel que el Padre ha consagrado y enviado. Hoy existe un consenso según el cual por la unión hipostática, el Verbo o el Hijo de Dios es el principio de existencia de Jesús y el sujeto metafísico de atribución de sus actos³⁹. Al mismo tiempo, deja a su verdadera y plena humanidad al uso de sus facultades de conocimiento y de voluntad, cfr. Lc 2,52. Las limitaciones humanas serían propias de Jesús, en cuanto a presencia física, a ciencia humana, a acceso a las personas, etc. I, además, comprendió su misión mediante su ejercicio.

En el bautismo, Jesús vio su entrega y su disposición para ofrecerse⁴⁰. También este acontecimiento fue el inicio de su vida pública, Lc 4,21-Is 61,1-2, que, a la vez debía ser la una existencia al servicio de una misión profética, Mc 1,9-11. En realidad hace falta establecer un paralelismo entre lo que supuso el bautismo para Jesús y lo que fue Pentecostés para el Iglesia.

En Mc y Mt encontramos una continuidad con lo que sabemos del Espíritu en la Antiguo Testamento, presentado como fuerza de Dios. Las expresiones pneumatológicas se subordinarán a la cristología.

Marcos

En el bautismo la *exousia* Dios ha actuado y expresado explícitamente su fuerza salvadora.

En Mc 3,28-Mt 12,32, apunta la convicción que tenía la comunidad de que Jesús poseía el Espíritu. Así, el espíritu maligno se vencido en virtud de la presencia del Espíritu de Dios, hecho que indica una presencia escatológica del Reino de Dios. Dios ya se hace presente definitivamente en Jesús. Efectivamente, el Espíritu es el don de los últimos tiempos.

La Escritura y Espíritu tienen una convergencia, según Mc 12,36, donde Jesús recuerda como "David mismo dijo, movido por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies". Esta confluencia sólo se puede entender si hay una pedagogía del Espíritu, que proviene del bautismo en el Espíritu, Mc 1,8.

³⁵ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 41-42. SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 167.

³⁶ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 153-154.

³⁷ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, p. 48.

³⁸ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 155.

³⁹ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 45.

⁴⁰ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 47.

Mc presenta, ya a comienzos del Evangelio, a Jesús ungido, lo cual revela como tiene una presencia y una fuerza única de Dios. Jesús habla con *exousia*, fruto de la presencia del Espíritu. En esta escena se hace patente otra característica de Jesús, que es la de ser profeta, y más que profeta. Israel creyó un tiempo en una presencia del Espíritu. Jesús da la señal de que han llegado los tiempos mesiánicos.

Mateo

La encarnación del Hijo de Dios es por obra del Espíritu Santo, 1,18. Los tiempos mesiánicos empiezan igual que la creación: bajo el influjo del Espíritu.

Mt tiene expresiones propias cuando indica que hay personas que reciben este don y son denominadas felices. Son los pobres en el Espíritu 5,3. No se trata, por lo tanto, de una actitud moral, sino de un don recibido del Espíritu.

El evangelio se cierra con el mandato de bautizar en nombre del Padre, del Hijo y el Espíritu. Es una fórmula tardía, en la cual observamos una nivelación de las tres personas de la Trinidad, Mt 28,19-22.

De esta manera, el bautismo cristiano pone en relación la Trinidad con quien se bautizado.

Lucas

Apreciamos como en este evangelista se da un progreso, que se manifiesta todavía más a los Hechos de los Apóstoles.

En Mc todavía hay una cristología primitiva, según la cual Jesús es empujado por el Espíritu al desierto, Mc 1,2, mientras que Lc 4,1, se presenta lleno del Espíritu. Antes, a 3,21, es el Espíritu que hace sentir como Jesús es el Hijo amado, de forma que no aparece como un carismático, sino como Señor del Espíritu.

Las expresiones de Lc acerca del Espíritu son tan numerosas, que triplican las que hay a Mc. Las expondremos en los siguientes apartados:

Espíritu y Jesús⁴¹

Es una teología cristológica muy marcada mucho por el Espíritu. A diferencia del Antiguo Testamento y de Mc y Mt, en Lc el Espíritu no aparece ya como una fuerza, sino que Jesús se manifiesta como señor que da el Espíritu. Él ha nacido por obra del Espíritu, él posee el Espíritu. Por esto, en él no hay un crecimiento en el Espíritu. En Lc 4,1 Jesús es portador del Espíritu. Tiene autoridad sobre el Espíritu.

Hechos

Espíritu y Jesús

El Espíritu en Lucas aparece como aquel quien acompañará la Iglesia cuando Jesús haya pasado su historia terrenal. El Espíritu es en realidad un sustituto de Jesús. En los Hch, Lucas intenta dejar claro que el tiempo de orfandad de Israel se ha acabado. Recoge la profecía de Joel y hace que la primera comunidad cristiana tenga conciencia de que se acaba la orfandad de Israel. Son los tiempos mesiánicos.

Jesús transmite este Espíritu y anuncia que vendrá sobre la primera comunidad cristiana. El Espíritu impregna la comunidad de Jerusalén, de forma que se convierte en el vínculo entre aquellos que convivieron terrenalmente con Jesús y los que ahora forman el Iglesia, y son enviados hasta el extremo de la tierra.

La vida de la comunidad no se entiende sin el Espíritu. De una parte hay una separación entre el tiempo del Espíritu, que es el tiempo de la Iglesia y los tiempos de Jesús terrenal. Pero es el Espíritu que ha dado Jesús el que conduce el Iglesia⁴².

⁴¹ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 47.

Si Jesús ha resucitado se podría identificar Jesús y el Espíritu, pero en ningún momento se puede decir que haya una identidad, puesto que Lc dice que Jesús es donador del Espíritu, junto con el Padre.

Según Lc, el Espíritu tiene una incidencia que conviene distinguir, puesto que Jesús aparece como mucho más que un hombre carismático. De hecho lo era, porque en él se manifestó el Espíritu. Pero, a partir de Jesús el Espíritu aparece como esta nueva realidad, realidad que toma consistencia y deja de ser una simple fuerza. Porque Cristo, el Resucitado, da mucho más que un impulso, da su Espíritu.

Espíritu y comunidad de salvación

Esta donación del Espíritu produce unos frutos de alcance eclesiológico. Es como un fluido que penetra la persona humana y marca la existencia de la misma comunidad.

El bautismo introduce al neófito en una comunidad movida por el Espíritu. Este don, para que sea activo debe menester una actitud de plegaria, actitud súplica, de acogida, de ternura, porque nada hay más frágil que el aliento.

El Espíritu, como el viento, no es propiedad de nadie, ni siquiera de la comunidad, que no puede disponer del Espíritu, que le es dado. Se encuentra en una situación de donación permanente, particularmente en los momentos difíciles. Es como el agua de una fuente, que si alguien quiere poseerla y la envasa, mata su vida, porque le arrebatara la abundancia y la frescura. El agua envasada ya es otra agua.

En este contexto, debemos reconocer que el Espíritu no mueve la persona ni la comunidad de una manera ciega. Muy al contrario, gracias al Espíritu la humanidad encontrará unos referentes en buena parte verificables, por conocer su camino hacia la Salvación. Esta orientación proviene de las Escrituras inspiradas por el Espíritu, de forma que en verdad es el mismo Dios que muestra y anuncia su plan de Salvación, Hch 1,16; 4,25; 28,25, que se realiza en la misión.

Espíritu y misión

La presencia del Espíritu produce unos frutos, que son la libertad, el ánimo y la capacidad para la misión. De aquí que ésta va unida a esta nueva manifestación, presencia y donación reiterada del Espíritu.

Lucas presenta como ante cada decisión importante en la misión a los paganos hay una efusión fuerte del Espíritu. La Iglesia actúa por el impulso del Espíritu. Así, aconteció en Hch 1,2, cuando los apóstoles aparecen escogidos por Jesús según el Espíritu Santo. En 15,28, es el Espíritu que provoca el decreto de los apóstoles, con el que se rompe con toda práctica judaizante, y proclaman la libertad de la fe para los paganos.

Este impulso, según 20,28, muestra como los ancianos/presbíteros son establecidos por los apóstoles en virtud del Espíritu Santo. Es el Espíritu quien otorga fortaleza y capacidad para la misión, en la cual el enviado vencerá las dificultades y superará las persecuciones. De hecho, la misión aparece determinada por el Espíritu, Hch 8,29-39; 11.13; 16,7-9.

Espíritu y manifestaciones visibles

Lc se interesa por la corporalidad de las manifestaciones del Espíritu, cómo podemos ver en el bautismo de Jesús, cuando se rasga el cielo (Lc 3,31), y el Espíritu Santo toma figura corporal, como si fuera una paloma, i se escucha una voz (3,32). Tiende al realismo. Otra muestra de esta propensión la encontramos en Pentecostés, con aquella presencia que parece visualizarse en las formas de lenguas de fuego (Hch 2,3), y produciendo un murmullo (2,6).

Aun así, Lucas no atribuye los milagros al Espíritu, sino a Jesús. Entre las obras del Espíritu, en cambio, encontramos la profecía, Hch 3,24; 8,28; 10,43; 13,1; 21,10. El profeta revela el plan de Dios, que es la salvación de toda la humanidad.

⁴² SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, p. 160.

El Espíritu es el gran don de Dios, es la característica propia del tiempo de Iglesia, puesto que la Iglesia es acontecimiento del Espíritu.

El Espíritu inaugura los tiempos de la Iglesia

En definitiva, podemos hablar de una expresa orientación eclesial de la concepción lucana del Espíritu. Jesús prometió el Espíritu, 24,49-Hch 2,33. La donación y su manifestación abren los tiempos de la Iglesia, durante los cuales esta comunidad tiene como finalidad proseguir la obra que Jesús inauguró y confirmó con la resurrección. Por más pesos que arrastre, es más importante la seguridad que la Palabra nos mujer sobre el hecho que la Iglesia es el acontecimiento constante del Espíritu. Porque Dios juega con aquello que le es más característico, que es el Espíritu.

San Pablo⁴³

Presenta una pneumatología bastante evolucionada. El Espíritu es Dios mismo que, desde su conocimiento interior y de su auto experiencia, por decirlo de alguna manera, se da a conocer y a experimentar al exterior.

Por otra parte, observamos como en las expresiones de Pablo, el Espíritu se presenta cada vez con formas más autónomas. El Espíritu es aquel que hace que nosotros acontezcamos creyentes y llevemos una nueva vida nueva sabiduría que implica conocer Cristo.

A diferencia de los Hch, que narran y no hacen doctrina, Pablo ofrece muchas líneas teológicas que describen la acción del Espíritu y nos apunta cuál es su naturaleza.

Llama la atención que en la literatura cristiana el Espíritu no se contrapone al cuerpo sino a la carne, es decir, va contra el planteamiento de la vida según los propios criterios humanos (Rm 8,4.13; Gl 5,17-19)⁴⁴.

El Espíritu revelador de Dios. El Espíritu de la fe (2Co 4,13)

Aquí hay una calidad característica del cristianismo, que no parte de un descubrimiento de Dios, contante en las fuerzas y luces que recibimos de él como Creador. Este descubrimiento hermana a toda la humanidad, en el hecho religioso⁴⁵. Sobre este sustrato humano, que es la imagen ecuménica de Dios, Dios mismo ha ofrecido otro proyecto, que Él ha revelado en el Hijo encarnado. Entender este Dios y amarlo, descubrir este Hijo en Jesús, y creer en él es el Espíritu que nos otorga. El Espíritu da, en último término, el sentido de Dios y del prójimo. El Espíritu obra en nosotros y produce dos efectos:

a) Nos dice como es Dios, que es Padre. Padre de Jesús, y Padre nuestro, Ef 2,18. Nos revela que Jesús es el Hijo Salvador 1Co 12,3. Esta realidad trasciende la teodicea y el mensaje de todas las religiones.

⁴³ SCHÜTZ, *Introducción a la pneumatología*, pp. 161-169. CONGAR, *El Espíritu Santo*, pp. 55-59.

⁴⁴ Cf., Mc 14,38-Mt 26,41, por más que aquí “el espíritu” no es el Espíritu Santo. Pero el texto sirve para no contraponer cuerpo a espíritu. En cambio, véase Jo 3,6 y, sobre todo, 6,63: “El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida”.

⁴⁵ Cf. LG 9, que cita Hch 10,35. Se trata de dos pasajes fundamentales para el hermanamiento de los pueblos y de las personas a partir de las manifestaciones religiosas. La religión nunca debería una fuente de enfrentamiento, sino una fuerza para el encuentro. Tampoco encontrarse exige ni la simulación de los cristianos que se acomplejan y desconocen lo que según su fe es único, irrepetible, porque Cristo es el gran don de Dios, sea cual sea el nombre que le demos. A partir de la verdad, vista por cada cual desde su religión, el diálogo se hace posible. Hacia dónde conducirá el Espíritu de Jesús, aunque todavía no sea cristiano, es un misterio. RAMON LLULL, en el *Llibre del gentil e els tres savis*, (Ed. Sebastià GARCÍAS PALOU), en ID., *Obres essencials*, (Biblioteca Perenne, 16.-Editorial Selecta), Barcelona 1957, p. 1057-1138, comprendió esta situación misteriosa, y la entendió bien. El diálogo no acaba con imposiciones ni siempre con conversiones.

b) Nos descubre nuestra condición de hijos, Rm 8,14.16. Y, sin el Espíritu no podemos reconocer Jesús como Señor salvador, 1Co 12,3.

La aportación del Espíritu a la fe que inspira la existencia de la persona cristiana, también tiene un valor antropológico, en cuanto toda persona que trabaja e integra esta dignidad que el Espíritu le otorga, se siente querida especialmente, irrepitiblemente, y es invitada a la liberación del miedo a Dios y a todo otro poder. El misterio de lo que acontece en aquellas personas no bautizadas no nos puede aplastarnos ni nos puede conducir a esconder lo que poseemos. Se trata de un de aquellos hechos sobre los cuales Jesús decía que ni él mismo lo podía explicar. No tiene sentido imponer a Dios un igualitarismo, que no podemos siquiera realizar en comunidades y familias humanas. Hace falta dejar que Dios sea bueno como él mismo lo quiere ser, cfr. Mt 11,19.

Espíritu y Cristo

El Espíritu no solamente actúa en la Encarnación, en la cual el Hijo de Dios se abaja, sino que igualmente interviene en el triunfo del Cristo, que es constituido Hijo de Dios, según el Espíritu, a partir de la Resurrección, Rm 1,3-4. Todo el arco de la revelación de Jesucristo cae dentro la acción del Espíritu.

De aquí que para Pablo, la experiencia del Espíritu va unida a la Pascua en la cual el Nuevo Adam ha venido en el Espíritu vivificante, 1Co 15,45. Esta presencia es el don con el cual Dios cumple la prometida hecha a Abraham, Jl 3,3.

La promesa trasciende las fronteras de la descendencia biológica de Abraham, para llegar a los gentiles de todos los tiempos y lugares.

Cristo habita en nosotros, pero también lo hace el Espíritu. Debemos ver que estamos ante afirmaciones que pueden ser intercambiables, porque nuestra salvación es una obra conjunta del Cristo y el Espíritu.

De lo que Pablo no se ocupa demasiado es de cómo se vincula la acción del Cristo con la del Espíritu. En 2Co 3,17, dice que el levantado sobre la cruz es Espíritu, existe en el mundo del Espíritu. Pero a veces menciona a Dios, a Cristo y al Espíritu de una manera paralela, porque el encuentro que el creyente tiene con ellos pertenece a un mismo acontecimiento.

Espíritu y comunidad. La eclesialidad del don del Espíritu⁴⁶.

Para Pablo la Iglesia es una magnitud del Espíritu o neumática, de forma que la Iglesia se convierte en el ámbito propio de la actuación del Espíritu. La eclesialidad del don del Espíritu hace posible una universalidad nunca sospechada, ni por los judíos ni por los griegos, porque arranca de la reconciliación radical de la humanidad entera con el Padre, gracias a Jesús y manifestada en el bautismo de todos en un solo Espíritu, seamos judíos o griegos, etc., 1Co 12,13. Todos formamos el mismo cuerpo de Cristo. Este cuerpo ha sido constituido en casa espiritual, Ef 2,22-1Pe 2,5-7; 1Co 3,16; 6,19. Estas imágenes conducen a asumir una inmanencia fructuosa del don del Espíritu en nosotros, pero esta estabilidad de la presencia no implica nunca una confusión entre el Espíritu y la persona humana. El Espíritu siempre es del Padre y del Hijo, que nosotros recibimos como don.

Ahora bien, esta acción se realiza claramente en la presencia eclesial más próxima, que es la comunidad local, o iglesia local⁴⁷. El Espíritu abre la Nueva Alianza, en cada comunidad de creyentes, donde la palabra se anuncia y conduce al bautismo en el Espíritu⁴⁸.

⁴⁶ Walter KASPER, «Espíritu, Cristo, Iglesia», en *Concilium*, (nº. extraordinario), noviembre 1974, pp. 30-47; François-Xavier DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, (Nueva Alianza, 91. Ediciones Sígueme) Salamanca 1986; Bruno FORTE, *La Iglesia icono de la Trinidad*, (Pedal.-Ediciones Sígueme), Salamanca 1992.

⁴⁷ Otto KNOCH, *Der Geist Gottes und der neue Mensch*, Stuttgart, 1975, p. 101, citat per Christian SCHÜTZ, *Einführung in die Pneumatologie*, (Einführungen.- Wissenschaftliche Buchgesellschaft), Darmstadt 1985, p. 167.

⁴⁸ Vegeu LG 26,a. Vale la pena llegar siempre a concretar las manifestaciones de nuestra fe. Cf. Bruno FORTE, *La Iglesia icono de la Trinidad*, (Pedal.-Ediciones Sígueme), Salamanca 1992, p. 71.

Además de la universalidad de la presencia y de la acción del Espíritu, hay unas presencias y unas manifestaciones queridas por Cristo, que se realizan en el ámbito eclesial⁴⁹. Esta voluntad expresa de Jesucristo tiene expresiones sacramentales y casi sacramentales, como son el anuncio de la Palabra, la celebración de los sacramentos, siempre bajo la invocación del Espíritu y la imposición de las manos. Son manifestaciones que liberan el Espíritu de la manipulación humana, de forma que siempre se presenta como “Señor que da la vida”, según el Credo niceno constantinopolitano. **La libertad del Espíritu** es más grande que nuestra libertad de espíritu.

Esta libertad queda patente en la fuerza que tienen las mencionadas presencias, garantizadas por la promesa de Jesús y realizadas por la Iglesia y en la Iglesia. También la libertad del Espíritu se muestra en el sentido eclesial de los carismas que, en último término, como el de la profecía, debe ser ejercido para el bien de la comunidad, y discernido por la comunidad (1Co 12,2-7). El individualismo y el Espíritu son contradictorios. Marginarse o ponerse sobre la comunidad no entra en los planes del Espíritu.

En consecuencia, como dice Rm 8,14, quien se deja guiar por el Espíritu es hijo de Dios y puede llamarle *Abbá*, dignidad que está al **inicio de la vida según el Espíritu**. Se inaugura un nuevo estilo de vivir, que corresponde a los que comparten la dignidad de formar la familia de Dios. Esta pertenencia genera un vocabulario que tiene su manantial en la palabra *Abbà*, Padre, de la cual deriva toda filiación y fraternidad.

Derivadamente hay otros términos que expresan la unidad de la vida terrenal con la que sigue tras la muerte. Hablamos de herencia, de prenda, palabras que proyectan la historia actual hacia la que vendrá, como también lo expresa el Credo. Los que viven según el Espíritu son herederos. Compartir la herencia del Padre en el Hijo por el Espíritu confiere una dignidad y una calidad de las cuales ya ahora disfrutamos. Para lograr este estilo de vida, el Espíritu Santo nos llena de sus dones⁵⁰.

El Espíritu produce efectos de tipo comunitario; pero lo que predomina en la teología paulina es la acción y los frutos que el Espíritu produce en cada uno de los creyentes⁵¹. Estas mercedes empiezan por otorgarnos un conocimiento de Dios y una intimidad con Él. Es una manera de personalizar la relación con la Trinidad, con las manifestaciones propias de la santidad de Dios.

El principal de estos dones es el del amor, que el Espíritu derrama en nosotros, Rm 5,5. El amor que es filial, porque tiene el origen en el Padre y se ha revelado y nos lo ha transmitido el Hijo. De esta manera se establece una intimidad total con Dios, no en el sentido que nos disolvemos en Él, dado que no hay una identidad en el ser (substancial), sino que surge un nuevo dinamismo que es una verdadera deificación. Sobre todo los Padres orientales desarrollaremos muy la teología y la espiritualidad de esta *theopoïesis*.

Pablo insiste en esta antropología que se origina en el don del Espíritu, mediante la cual asistimos a una nueva creación por la cual hay una humanidad nueva. La incidencia de este don en la historia de hoy y de cada día, en parte depende del grado del entusiasmo con qué recibimos este don y lo testimoniamos.

Si tenemos acceso a la nueva creación es gracias también a otro don del Espíritu, que es el ministerio, que produce unos frutos que Pablo compara a una carta viva, escrita no en mesas de piedra, sino en la de los corazones de carne, porque el ministerio es por el Espíritu del Dios vivo, que repercute a la intimidad más profunda de la persona, donde nadie, ni siquiera la misma Iglesia, puede penetrar, 2Co 3,2-3.

Juan⁵²

⁴⁹ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 59.

⁵⁰ Vemos que la plegaria que el P. Fundador nos legó para la celebración de la profesión religioso-misionera, en la cual hay una súplica para obtener la plenitud de estos dones.

⁵¹ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 58

⁵² SCHÜTZ, *Einführung*, p. 169.

Por comparación a otros escritos bíblicos Juan tiene una originalidad, porque no habla de una repentina presencia del Espíritu, ni de prodigios, ni de apariciones. Tampoco Jesús no tiene manifestaciones carismáticas. Este evangelista pone en relación con el Espíritu las palabras, las obras y los signos de Jesús⁵³. El cambio que inaugura Jesús para Jn es más en relación con el Padre. No menciona el Espíritu. El mismo podemos decir de los milagros o signos.

Se puede aventurar que en los Sinópticos se presuponía la unidad Dios-Espíritu, que se extendería a la donación del Espíritu a Jesús, mientras a Joan domina la unidad entre el Padre y el Hijo, que conduce a la donación del Espíritu por ambos. Des de este punto de vista, sobra, dentro estos evangelio hablar de que la concepción de Jesús fue por obra del Espíritu Santo, así como también sería fuera de lugar el bautismo de Jesús, considerado como un enriquecimiento de Jesús con una presencia del Espíritu.

Pese a estas comprobaciones, el evangelio de Juan es el que muestra su más expresamente su enfoque más directo en el Espíritu, de forma que si se lo desconectó del Espíritu, quedaría destruido. Este evangelio aparece como el evangelio "espiritual" y como mensaje del Paráclito.

Jesús y Espíritu

Juan sustituye la escena del bautismo de Jesús, por el testimonio que sobre él dio el Bautista, Jn 1,32-35. Jesús mismo aparece como el que bautiza en el Espíritu, y el que lo da de forma ilimitada, Jn 3,34. Jesús es origen y donador del Espíritu, y el evangelista lo expresa uniéndolo a donaciones diversas, como la vida, 1,4; 3,36; 5,24.26, etc. La verdad, 1,14.17; 3,21; 4,24; 8,32.40.44; 14,6.

Cristo es, así, la fuente fe el Espíritu. De hecho, el evangelio se abre con la proclamación del Verbo 1,4, y cierra con el insuflación del Espíritu sobre los discípulos, 20,22. De aquí que en este evangelio se dé un tránsito de la carne al Espíritu⁵⁴.

La literatura profética y el judaísmo intertestamentario esperaban una efusión del Espíritu. En el cristianismo hay una aportación nueva, que consiste en la relación absoluta entre el Espíritu y la persona de Jesús, el Mesías e Hijo de Dios⁵⁵. Es decir, las expectativas sobre una donación del Espíritu se cumplen, pero en el Misterio Pascual de Jesucristo.

El Espíritu, denominado también Paráclito, defensor, etc., es el contenido de una promesa que pertenece al discurso de despedida de Jesús. El Espíritu ejerce varias funciones, será la memoria histórica de la comunidad, que la remitirá a Jesús, por lo cual el Espíritu no crea una realidad alternativa a Jesús, sino que la conducirá hacia la verdad completa, que es el mismo Jesús, camino, verdad y vida. De aquí que, carisma y encarnación no pertenecen a una situación conflictiva de por sí, ni permiten establecer dilemas, sino que indisolublemente convergiesen en la vida del creyente en la Iglesia. En consecuencia, la Iglesia pecadora, también es una realidad que va mucho más allá de nuestras limitaciones y de nuestras incoherencias. Incluso el Espíritu, acogido en su debilidad, ayuda a vencer nuestra miopía que nos tienta para que nos escandalicemos de la Iglesia que, en último término, somos nosotros. Huir de la Iglesia sería huir de nuestras realidades y de las responsabilidades que tenemos como personas cristianas. Pensar que los demás son más pecadores que nosotros es una fehaciente falsedad.

Las palabras de Jesús son espíritu y vida, Jn 6,65, los cuales, como manifestación plena de la donación del Espíritu, quedan condicionados a su glorificación, Jn 7,37-39. Jesús da el Espíritu libremente cuando es glorificado, puesto que por la cruz Jesús llega a la gran manifestación de su glorificación, Jn 17,1⁵⁶. Desde esta exaltación, Jesús vuelve a empezar la creación. La máxima

⁵³ SCHÜTZ, *Einführung*, p. 170.

⁵⁴ Donatien MOLLAT, *La palabra y el Espíritu. Exégesis espiritual*, (Biblia y catequesis, 5. Ediciones Sígueme), Salamanca 1984, p.11.

⁵⁵ MOLLAT, *La palabra y el Espíritu*, pp. 14-15.

⁵⁶ J. BLANK, *Krisis. Untersuchungen zur johanneischen Christologie und Eschatologie*, Freiburg im Br., °964, 268 ss., citado por MOLLAT, *La palabra y el Espíritu*, p. 25.

humillación expresa la máxima entrega⁵⁷, que culmina en la máxima donación, cuando Jesús, exhala su Espíritu, que es su aliento, Jn 19,30, *pare, δοκειν τω πνεύμα.* Juan no dice simplemente que Jesús dejó de respirar, sino que entregó su Espíritu. Así lo entendieron muchos de los Padres de la Iglesia⁵⁸. El evangelista debió tener un motivo especial para expresarse de esta manera. Efectivamente, como precisa A. Vanhoye, Jesús, según Jn 19,30, dejó vía libre al Espíritu⁵⁹. La narración de la lanzada añade que la efusión del Espíritu es permanente, puesto que brota de la humanidad glorificada de Jesús⁶⁰.

Una donación subsiguiente se expresa cuando confluyen simbólicamente su exaltación o levantamiento sobre la cruz, con el hecho preparado por los acontecimientos del Éxodo, como el de la serpiente levantada para la salvación de los hebreos que la mirarán. El cordero pascual, al cual no le rompen ningún hueso es el realizador de la Nueva Alianza y, como Nuevo Adam, de su lado traspasado, brota la fuente del agua viva del Espíritu. Un nuevo Paraíso empieza a ser la patria de la humanidad reconciliada, por la Nueva Alianza, Jn 19,31-37. De esta manera, en Jn 20,20-22, el Resucitado se identifica mostrando las marcas de las manos, de los pies y del costado, y a esta escena redentora le da la culminación que consiste en el Pentecostés, cuando da el Espíritu Santo, para el perdón de todo pecado.

El Espíritu, que hasta aquellos acontecimientos estaba atado a su portador, por la voluntad del Padre, es dado a los discípulos. De aquí que el IV evangelio concentre en una sola escena, en una sola imagen teológica, la del levantado-traspasado, la glorificación de Jesús y la salvación de la humanidad. Se conjunta muerte y Pentecostés, glorificación y donación del Espíritu. El *exitus* de Jesús es el *exitus* del Espíritu. En la muerte de Jesús convergen todas las líneas teológicas, cristológicas, pneumatológicas, soteriológicas y eclesiológicas. El misterio de la misión de Jesús, de su camino, de su obra y de su persona queda plenamente revelado en este acontecimiento, cuando se expresa la máxima unidad del Padre y el Hijo en el gran sí de Jesús, que entra en la pasión.

Espíritu comunidad

La donación del Espíritu coincide con el tiempo en que la comunidad deberá tomar responsabilidad de anunciar el Reino, presente ya en Jesucristo. Esa será su Vida según el Espíritu, invocándolo para pedir que se haga presente, que actúe, que ponga en movimiento la vida, crea de por sí un ambiente comunitario de apertura a su actuación. Al Espíritu no lo podemos ver, pero Juan da a entender que si no le vemos directamente, se ven sus efectos.

La comunidad cristiana vivirá de una manera original y alternativa al judaísmo y al mundo greco-romano, precisamente porque será guiada por el Espíritu. Por una parte, el Espíritu le abrirá el horizonte del paganismo. Por otra, le señalará nuevas misiones y, constantemente, la conducirá por un estilo nuevo de vida, que bien podemos denominar la vida según el Espíritu⁶¹.

⁵⁷ W. THÜSING, *Die Erhöhung und Verherrlichung im Johannesevangelium*, Münster ²1970. cf. SCHÜTZ, *Einführung*, p. 171.

⁵⁸ Josep AMENGUAL I BATLE, «La Iglesia nacida del Costado abierto de Cristo», en *Contemplar al que traspasaron*. (Teología y praxis desde el Corazón) (Misioneros de los SS. Corazones. Delegación del Caribe) Santo Domingo 1990, pp. 119-148.

⁵⁹ MOLLAT, *La palabra y el Espíritu*, p. 25. Vegeu Marie-Joseph LAGRANGE, *Evangelie selon saint Jean*, Paris 1925, p. 217.

⁶⁰ «L'oeuvre du Christ don du Père», en *Recherches de Sciences Religieuses*, 48 (1960), 407, citat per MOLLAT, *La palabra y el Espíritu*, pp. 25 i 47.

⁶¹ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, pp. 123-166.

III Discurso teológico sobre el Espíritu Santo. Sistematización

Empezamos por señalar que hablar del Espíritu Santo plantea de por sí una cuestión de vocabulario problemática. La palabra espíritu es una palabra originaria, que no se puede aplicar sólo a una realidad, sino que da pie a verla unida a muchas manifestaciones y expresiones de la vida⁶².

El espíritu indica la fuerza que da vida, lo que marca la frontera entre el material y la vida. El espíritu es también aquello que permite la subjetividad, una interiorización.

En cuanto a las expresiones del espíritu humano, observamos realidades muy diversas, puesto que hay un espíritu bueno y un malo; tener espíritu quiere decir tener ingenio, espíritu de trabajo, creatividad, tener humor, etc.

En latín, existen antecedentes de esta significación plural de la palabra, así *spiritus* tiene como sinónimos *mens, animus, anima, intellectus, ratio, ingenium*.

La raíz bíblica se encuentra en el término hebreo *ruah*, traducido por los LXX como *pneuma*. Estos dos términos pueden ayudarnos a elaborar una teología correspondiente. Originariamente las palabras mencionadas hicieron referencia a la fuerza del viento. En la literatura hebrea encontramos una distinción bien marcada entre Dios, que es el Espíritu, y la persona humana. En la concepción helenística hay el espíritu de los manantiales y el espíritu de los hombres, que depende de Dios y hace referencia a él.

De aquí que en la Antigüedad ya tenemos una gran diversidad de antropologías, desde el momento en que la Biblia diferencia fundamentalmente a Dios del hombre, porque el Espíritu de Dios es el origen del Espíritu del hombre. Dios permanece, el hombre desaparece, incluso dentro las primeras etapas de la historia bíblica. Queda diluida, en todo caso, dentro una amorfa pervivencia del pueblo.

La tarea que nos proponemos realizar será la de mostrar los momentos estructurales y esenciales de la revelación del Espíritu y determinar cómo llegamos a descubrir su carácter personal. Ver como el Espíritu para nosotros es un espíritu personal, y no meramente una fuerza, como aparece a menudo en la antiguo Testamento y también, de alguna manera, en los evangelios de Mt y Mc.

Espíritu y Dios⁶³

La relación religiosa entre espíritu y Dios es precristiana. Ahora bien, nosotros, para emprender una reflexión teológica, hemos de inspirarnos en la Palabra revelada, por lo cual partiremos de Jn 4,24, que se encuentra en un contexto de plegaria, dentro el cual Jesús afirma que Dios es Espíritu.

1.- Dios es espíritu

En el tratado de Dios esta cualidad no se suele explicitar, porque ya se supone que Dios es Espíritu. Ahora bien, resaltar esta condición divina es positivo, ya que de esta manera nos liberamos de manejar a Dios y de tratarlo como si fuera una cosa. Con todo, no podemos llevar muy lejos la oposición entre espíritu y materia, si no queremos deteriorar la relación entre Creador y criatura, de forma que lleguemos a caer en el iluminismo, y en un dualismo. La Escritura no establece una total desconexión, antes una dependencia, entre la materia y el espíritu.

2.- El contexto de la plegaria

"Dios es Espíritu", Jn 4,24, es una expresión que el evangelio pone en boca de Jesús en su diálogo con la samaritana, en el cual proclama que ha llegado la hora de adorar a Dios en Espíritu y

⁶² SCHÜTZ, *Einführung*, pp. 182-183; 201.197.

⁶³ SCHÜTZ, *Einführung*, p. 189.

en verdad. Es una plegaria hecha en el Espíritu, porque el Espíritu la despierta y la posibilita. Gracias al Espíritu decimos *kyrios* y *Abbà* a Dios.

Cuando la Biblia dice que Dios es Espíritu no hace ninguna definición abstracta de Dios, ni entra en una filosofía, ni teología determinadas. La expresión quiere decir que Dios tiene una manera de revelarse, que es en el Espíritu. Dios se manifiesta, pero se manifiesta en el Espíritu, y lo hace de una manera que remarca la originalidad de Dios, que es espíritu. En esto se diferencia radicalmente de los dioses de las religiones orientales y del panteón griego o romano.

Si la persona debe orar en el Espíritu, Jn 4,23, es porque Dios se revela y comunica en el Espíritu o porque "Dios nos ha dado de su Espíritu", Jn 4,13. Además, en la plegaria, es el Espíritu el que ora.

Este Dios es el que toma como un rostro y se relaciona con los hombres, dentro la experiencia del Espíritu.

En la Biblia Dios como Espíritu significa que Dios no da la espalda al mundo ni al hombre, ni a la historia, sino que se revela como perteneciente a la historia, casi *per definitionem*.

Pero esta manera de mezclarse con nosotros no se materializa, sino que se corresponde con lo que es posible a Dios. Es cierto que personas superficiales, extrovertidas, incapaces de presentar preguntas hondas, difícilmente se dejarán interpelar por las mociones y presencias del Espíritu. Si nos dejamos atrapar por el pragmatismo, por la interpretación de chata del mundo, que pretende saberlo todo, dominarlo todo, el Espíritu se le escapará. Es frágil, y no impone nada, sin embargo es libre, y sólo uno es el su Señor, Jesús.

Dios como Espíritu quiere decir mucho más que ser con, por, sobre, en, porque quiere expresar que es apertura, dinámica, y capacidad de relacionarse, todo lo que no es indiferente a la hora de habla del esencia de Dios y de la Trinidad.

Es Espíritu porque tiene la capacidad de acercarse y hacer camino con nosotros y comunicarse. La materia, en cambio, no, porque es limitada; Dios Espíritu se puede mezclar en nuestra historia, y conservar siempre su vigor. Existe una manera de permanecer en nosotros que le permite seguir siempre aliento, sin desfallecer, debido a su condición divina.

El Dios de la fe no es asequible ni expresable sin el Espíritu. La discusión de los *pneumatokoi*, aquellos que decían que el Espíritu es una criatura, hecha, como las demás, provocó el argumento según el cual el Espíritu debe ser Dios, por tal de garantizar la divinidad de Dios, puesto que si fuera algo hecho, Dios también debería serlo. Este discurso revela la conexión entre Dios y el Espíritu.

No es indiferente el hecho de que hablar de Dios que es Espíritu aparezca en Jn en un contexto de plegaria, ya que esta relación pone el hombre ante Dios, de frente a Dios, de forma que puede llegar A Dios. Es la gran situación de encuentro de la persona con su origen y con su destino.

En el lenguaje bíblico, estar de frente a Dios es sentirlo real y activo, todo lo que comporta sentirlo como Espíritu. Quien ora está lejos de encontrarse distante, o como simple espectador de Dios.

En el contexto "en el Espíritu" la persona puede establecer relación con Dios, que también es Espíritu. La realidad de Dios Espíritu lo hace posible. Quien ora en el Espíritu es una persona necesariamente interpelada y comprometida los profetas, que fueron movidos por el Espíritu y todos fueron enviados. La vida en el Espíritu no hace personas alienadas. En definitiva, y resumiendo, que Dios sea Espíritu es la condición para que Dios sea comunicable, y que sea revelable, para todo el mundo y en todas partes.

De aquí se derivaría un desarrollo de la relación entre la teología y la plegaria, y con la espiritualidad. De la misma manera que la universalidad del mensaje cristiano pertenece a la misma esencia de Dios, tal como el cristianismo lo acoge. Por eso el concilio Vaticano II, en el decreto *Ad gentes*, plantea la misión cristiana con dos aspectos originales: el primer es que no se trata de una

empresa principalmente preceptuada, sino originada en el mismo núcleo de la Trinidad. Es la fuerza interna del amor trinitario la que se expande.

En segundo, como que la misión sale del amor de Dios, no es compatible con la imposición. La imposición es material. El amor no. La imposición es pasajera, el amor permanece. Que históricamente haya habido espadas en la misión, es una de las debilidades del cristianismo, que hemos de reconocer y jamás repetir. De todas formas, el cristianismo ha crecido más en la persecución que cuando se ha vuelto perseguidor, o cuando ha preferido las vías de la imposición.

Espíritu y Trinidad⁶⁴

Esta relación es central en la teología. Además, nos conducirá a hablar del Espíritu como tercera persona de la Trinidad. Manteniendo el contexto de plegaria, descubierto en la apartado anterior, en este partimos de Lc 10,21ss, que contiene el conocido *hymnum iubilationis*, que Jesús pronuncia "lleno del Espíritu", hecho que nos muestra que la plegaria no es marginal en la experiencia de Jesús y tampoco en nosotros. Jesús vive de la fuente de la plegaria.

Con esta plegaria podemos saber cuál es la relación con el Padre; podemos saber quién es Jesús. La tradición sobre la oración de Jesús nos aproxima a la revelación definitiva, desde el momento en que en esta plegaria encontramos la plenitud del ideal de la plegaria para un judío, que consiste en la comunicación con Dios, y, además, este himno muestra una comunión con la humanidad, que queda incluida en la misma.

En la oración de Jesús se reflejan dos aspectos capitales, uno personal y el otro de toda la humanidad. A su plegaria se refleja su relación única con el Padre, relación única e irrepetible, de actitud abierta totalmente a Dios, al cual denomina una vuelta más *Abbà*⁶⁵.

El Espíritu es el que inspira y anima la plegaria, que muestra una inmediatez, y que la relación que expresa de ninguna forma permite que se pueda sustituir a Jesús. Esta oración hecha en la plenitud del Espíritu es la que le da una calidad única, que consiste en la ambientación de la Filiación. En otros términos, es en el ambiente neumático donde Jesús expresa su relación única con Dios. Esta atmósfera es la que posibilita decir *Abbà*.

De esta manera, volvemos descubrir como la plegaria de Jesús tiene siempre un entorno trinitario, y Jesús en este ambiente se convierte en el exegeta de Dios, cuando nos explica cuáles son sus preferidos.

La comunidad cristiana, en consecuencia, encuentra su manera de orar, que no debe ser más que un reflejo de la plegaria de Jesús. Reconoce en Jesús terrenal la revelación profunda del Espíritu de Dios (Mc 1,12; Lc 4,14; Mt 11,25). En esta atmósfera se dan las condiciones que permiten acercarnos y decir a Dios, *Abbà*, como Jesús. Lo podemos decir con todas las implicaciones trinitarias, pese a que no siempre las explicitamos. Y es que este acceso nos es posible desde la unción bautismal, y de la confirmación.

Aun cuando haya referencias a las experiencias postpascuales, en estos textos, la comunidad cristiana reconoció que en el Jesús terrenal había habido la revelación del Espíritu de Dios.

Así, lo muestran Mc 1,12, en el bautismo de Jesús, Lc, 4,14, en el regreso del desierto, Mt 12,17-21. Los versículos 18-21 son una cita de Is 42,1-4, sobre el siervo de Yahvé, que recibirá el Espíritu. No romperá la caña cascada, ni apagará la mecha que todavía humea. Mt 11,25-27 es un paralelo del himno que hemos mencionado al comienzo de esta sección.

Cierto que el Espíritu no es todavía presentado como la Tercera Persona de la Trinidad. Porque la manifestación del Espíritu es progresiva y el Iglesia no llega al conocimiento del Espíritu más que a través de la fuerza que ya actuaba en Jesús, y que este comunicó tras la Resurrección. De todas las escenas de la resurrección no se puede sacar al Espíritu, porque si lo hiciéramos ni entenderíamos a Jesús ni al Padre. La primera comunidad no dice que aquella fuerza que empujó a

⁶⁴ SCHÜTZ, *Einführung*, pp. 194-195.

⁶⁵ SCHÜTZ, *Einführung*, p. 195.

Jesús al desierto sea una persona. Según qué atributos no se dan hasta otra época de la revelación. El dogma no emerge hecho. La reflexión teológica tiene un proceso, a menudo complicado y frecuentemente doloroso.

El objeto de fe (*credere in*) es sólo Dios, Padre, Hijo y Espíritu. Esto significa que la fe trinitaria incluye la fe en el Espíritu, y no depende de especulaciones, sino que va unida a los acontecimientos reveladores en Cristo. De aquí que no podemos delimitar excesivamente la cristología de la pneumatología, ni a el revés. Resumiendo, podemos decir que el misterio de Cristo tiene presente el Espíritu no de una manera marginal, sino esencial. Cristo no se puede comprender sin el Padre y sin el Espíritu. Cristo es el icono del Padre y del Espíritu. Ninguna cristología ni ninguna pneumatología engloba todo el misterio.

Nos encontramos en campos de la teología que pertenecen a un sistema bastante coordinado y complejo, y muy ramificado. Estamos, por lo tanto, ante el proceso de la revelación, más que en la visión esencialista de la Trinidad.

Tampoco es posible decir que Jesús dejó unos puntos débiles y poco claros sobre el Espíritu, y que la Iglesia, con la teología habría se ha visto obligada a explicitar y precisar. La verdad es que Jesús, con su palabra y sus obras es el Revelador. Por esto, lo encontramos dentro una visión de la Trinidad que incluye Dios como Espíritu y el Espíritu Santo, sobre los cuales Jesús habló como revelador, aunque no como un sistematizador de doctrinas. Él no levantó una escuela, sino que suscitó un movimiento, con discípulos, que le siguieron hasta el momento en que también ellos dieron la vida por su causa. La posterior reflexión sobre su anuncio se hizo necesaria, en la medida en que aquel anuncio penetraba en nuevas culturas y en ambientes diversos.

Esto que la teología sistemática expone sucesivamente, en la realidad es una interacción constante.

El Espíritu Santo como persona

La complejidad que hemos expresado se hace presente cuando deseamos hablar del Espíritu Santo. Ahora bien, para poder acercarnos de alguna manera al misterio, nos servimos de un concepto que es importante, pese a que no sea la cumbre de toda la explicación que podemos dar del Espíritu Santo. Pero, al menos, nos permite conjuntar algunos elementos que permanecen dentro de la teología negativa, los cuales, sin embargo, nos acercan al misterio.

Y es que en lo que se refiere a la esencia y a la acción del Espíritu Santo, no lo podemos lograr por ninguna reflexión más profunda y comprensiva que a partir del concepto de persona, que se convierte en un concepto nuclear para la teología trinitaria, para la cristología y la antropología⁶⁶. De aquí que haga falta avanzar hacia una sistematización de los datos bíblicos y de los que hemos recogido de la tradición, de forma que entremos al paso del ritmo histórico que, en nuestro caso, muestra que uno de los aspectos del tratamiento que más ha hecho crecer la pneumatología ha sido el de la personalidad del Espíritu Santo.

Esta consideración se levanta sobre un fundamento bíblico, tradicional y presente en la vida de la Iglesia.

Es cierto que el concepto de persona presenta problemas, sobre todo debido a la concepción moderna que tenemos de la misma. Efectivamente, la concepción tradicional era más esencialista y ontologista, mientras que hoy se privilegia la relación.

En cuanto al término persona, *Πρόσωπον*, en griego, proviene de *προ* y *ώ*, y, es decir, que se refiere a lo que está ante nuestros ojos. Por lo cual no es una derivación del término que significa la careta, la máscara de los actores del teatro⁶⁷. Con todo, en la época de Cicerón esta voz servía por designar los personajes de las obras escénicas, hasta el punto que llegó a designar la mencionada

⁶⁶ SCHÜTZ, *Einführung*, p. 199-Introducción a la pneumatología, p. 216.

⁶⁷ Andrea MILANO, *Persona in teologia*, (Università degli Studi Della Basilicata. Potenza. Edizioni Dehoniane. Napoli), Napoli, 1984, pp. 57 y 68.

máscara. El valor que nosotros le atribuimos, como máxima expresión de la dignidad humana lo adquirió dentro de la complejidad de las disputas trinitarias⁶⁸. De aquí que el uso que el término persona ha recibido por dignificar la dignidad y los derechos de los humanos, proviene de uno de los debates más teológicos que han marcado la historia del pensamiento humano, precisamente hablando de Jesús, como Hijo de Dios y del Espíritu Santo.

Persona en la Trinidad

El concepto de persona nos ayuda a ver la consistencia hipostática del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. También nos hace descubrir cómo llegamos a una individuación de una substancia espiritual. Y es dentro este contexto que decimos que el Espíritu Santo es una persona. Pero, no con una personalidad cerrada, ni directamente conocida, sino experimentada y conocida indirectamente, lo cual no implica un juicio de valor, sino que expresa el modo según el cual nosotros conocemos, que procede por comparación con aquello que sabemos, del Padre y del Hijo.

Aquí tenemos un doble punto de partida. El primero arranca del hombre y el otro de la experiencia de la realidad del Espíritu.

El hombre es el destinatario de la efusión del Espíritu Santo, lo cual lo pone sobre toda otra criatura. Esta acogida del Espíritu Santo depende, de una parte, de la deficiencia del espíritu humano, y de la otra, esta comunicación muestra la grandeza de la persona humana, que es única entre los seres terrestres. En nosotros coexisten el espíritu humano y Espíritu de Dios. Y esto que existe dentro nosotros tiene consistencia de ser. Este Espíritu toca nuestra intimidad que, desde el bautismo, hace de nosotros hombres nuevos, cfr. Rm 5,5; 1Co 3,16, el Espíritu habita (*οἰκεῖ ἐν ὑμῖν*); 12,3: nadie puede decir anatema, sino en el Espíritu.

El Espíritu Santo afecta fuertemente la intimidad de la persona humana, y produce unos frutos. Hace nuevos hombres, y no sólo afecta a algunos aspectos de la persona sino a su totalidad, a su centro. Despierta y conduce al hombre al secreto de su individualidad y singularidad y, al mismo tiempo, el Espíritu libera el hombre para que llegue a ser hombre y persona y lo capacita para consumir su ser personal en su relación con Dios.

Entonces, si el Espíritu afecta tan fuertemente la persona humana, no puede quedar escondido como un tipo de ser inferior a nosotros, porque sería un simple objeto. Tampoco lo podemos concebir como algo de menos dignidad que el hombre. Por esto hace falta hablar de vida personal. De lo contrario podríamos caer en la trampa de pensar que el Espíritu fuera irracional y amoral, aun cuando no lo podemos reducir a una simple fuerza moralizadora. No lo podemos hacer el principio del desprecio de la ley, antes al contrario, en todo caso es quien le da plenitud.

Todos estos atributos le son pertinentes porque es persona en su origen. Varios autores han hablado haciendo la observación que, al Espíritu, el Nuevo Testamento le atribuye acciones que son paralelas a las que humanamente atribuimos a las personas⁶⁹.

A la inversa, si nosotros somos nosotros es porque somos imagen del Dios que es Espíritu. A este Dios Espíritu le atribuimos rasgos de la persona humana y por esto hablamos del Espíritu de Jesucristo. Así nos sentimos relacionados con el Espíritu Santo. Cuanto más conscientes nos sentimos de esta relación más personas somos. El Espíritu toma plenamente los rasgos de la personalidad humana en Cristo, como Espíritu de Jesucristo, de forma que la comprensión del Espíritu Santo es indisociable de la relación a esta persona, en la cual la relación con Dios tiene su punto central⁷⁰.

⁶⁸ MILANO, *Persona in teologia*, p. 59.

⁶⁹ DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, p. 167-207. Se trata de un extenso capítulo, que merecería ser más considerado.

⁷⁰ SCHÜTZ, *Einführung*, p. 201.

Desde la experiencia y de la realidad del Espíritu: hacia la consideración del Espíritu como persona

Si tomamos un punto de partida inverso, es decir, el de la experiencia y de la realidad del Espíritu Santo y la iluminamos con el concepto de persona y de personalidad, comprobamos que la personalidad del Espíritu Santo no nos es observable como tal. El Espíritu desaparece y se esconde detrás sus obras y efectos.

Pero la fe fallaría en lo que toca al Espíritu Santo, si no lo reconociéramos como persona, igual al Padre y al Hijo. Aun así el Espíritu se encuentra en una extrema situación, porque oculta su rostro. Las imágenes que nos hablan de su acción y de la experiencia que podemos tener nos fallan, porque no lo presentan como persona. Hablamos de alegrarnos en Él, hablar de Él, etc.

La utilidad del concepto de persona se muestra porque sirve por incluir todo aquello que es trascendencia por encima toda comprensión.

Afirmar el carácter personal del Espíritu significa que la fe se confronta con alguien que está delante, y que garantiza una respuesta. De lo contrario, los dones y las promesas del Espíritu se reducirían a intentos de autorredención. Frente a todo esto, la fe nos presenta el Espíritu como aquel con quien nos relacionamos y que es un sujeto libre, que expresa la libertad de su amor para nosotros, y por esto ante él somos deudores, porque él es quien actúa en nosotros.

El concepto de persona muestra una relación con un sujeto personal, que de alguna manera nos permite tratarlo cara a cara. En Dios, que siempre se autocomunica, hay una existencia dialógica y nunca monológica.

El Espíritu Santo es la corporalización del diálogo intra y extra trinitario, por esto podemos hablar de una hipostatización de la intercomunicación de la libertad del Padre y del Hijo.

Desde aquí percibimos como el Espíritu Santo es una manera de ser de Dios hacia fuera, lo cual ha hecho que la tradición haya reconocido el Espíritu Santo como una fuerza dinámica, y como persona esta fuerza es creadora (Cfr. LG 4).

De aquí que podemos decir que el Espíritu es considerado como la apertura de Dios hacia aquello que no es Dios. En Él Dios tiene la habitación dentro el espacio que es fuera de Dios. Por esto, es amor. Es el *ἐκτεσις* de Dios en la criatura.

El contenido del concepto de persona implica que el Espíritu Santo no cabe en un concepto. Esto lo explicaremos a partir de la concepción de la persona humana. Las personas tienen nombre, lo cual implica que no caben dentro una definición. Así, el Espíritu Santo es realmente un nombre.

La Iglesia, como continuación histórica de la unción de Jesús por el Espíritu Santo⁷¹

Mühlen observa que no hace falta que llegemos a una distinción tan fuerte entre la encarnación del Hijo y la unción de Jesús, que parezca que la Iglesia es un misterio separado del Cristo⁷², porque, aunque el Nuevo Testamento no designa los cristianos como *χριστοί*, de verdad son ungidos, y con acierto dentro de la patrística recibieron aquella denominación⁷³.

Pedro, en Hch 10,37, muestra como el hecho de que Jesús fuera ungido es como el punto de partida de su revelación. Ya antes, este libro denomina Jesús como el ungido (2,36; 3,18; 4,26; 5,42). Y sabemos, por Lc 4,18, que esta unción va unida a la entrega de Jesús a su función mesiánica, como hemos indicado⁷⁴.

⁷¹ MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, pp. 274-358. Vegeu, també, Bruno FORTE, *La Iglesia icono de la Trinidad. Breve ecclesiología*, (Pedal 215.- Ediciones Sígueme), Salamanca 1982.

⁷² MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 275.

⁷³ MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 276.

⁷⁴ MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 277.

Es este ungido el que fue crucificado (Hch 2,36) y, desde el ángulo de la carta a los Hb 1,9, la unción va conectada a la resurrección. Glorificado, el ungido, ha derramado todo el que veis y oís (Hch 2,33).

Desde este ángulo, todavía adelantamos un poco más y podemos recobrar una visión patrística de la Iglesia que proviene de la Trinidad⁷⁵. Este es el horizonte desde el que el concilio Vaticano II entendió y expuso su doctrina sobre la Iglesia, lo cual es patente en la cap. I, ns. 2-8, de la constitución dogmática *Lumen gentium*, en los cuales presenta el misterio de la Iglesia, desde el seno de la misma Trinidad, por lo cual, Bruno Forte ha podido hablar con acierto de la Iglesia como icono de la Trinidad⁷⁶, en la cual se condensa, se celebra y se vive el proyecto de la Salvación propuesto por el Padre.

Si para nosotros, la Iglesia nace en la Pascua de Jesús, pero aparece como la espiga que surge del grano de trigo que es Jesús⁷⁷. Ahora bien, hace falta no olvidar la orientación trinitaria del proyecto del Padre que, como acabamos de apuntar, en la *LG 2*, se manifiesta progresivamente en la prefiguración que podemos ver de la Iglesia en los acontecimientos que se han sucedido desde Abel (*Ecclesia ab Abel*)⁷⁸, en la preparación que el Padre realizó a través de la historia de Israel, y constituida en los últimos tiempos por Jesús y su Misterio Pascual, y, finalmente, manifestada en Pentecostés.

La unción de los cristianos

Si Pentecostés, tanto si seguimos Hch 2,1-2, como si atendemos Jn 20,22, es la efusión del Espíritu que da el Resucitado. Los efectos de esta manifestación, nos permiten entender lo que leemos en 2Co 1,22, donde Pablo recuerda como los cristianos hemos sido marcados con el sello de Cristo, el cual nos ha dado en prenda el Espíritu. Hay exegetas, como I. de La Potterie, que consideran que la primera unción acontece con el primer contacto con la fe, que es un acto de Dios singular en cada creyente, ya antes del bautismo. La tarea del apóstol es ir consolidando esta fe, que en el bautismo se cumple definitivamente⁷⁹.

Coherentemente, esta fuente común de la celebración de la salvación, como don del Espíritu, nos conduce a superar en la Iglesia el binomio jerarquía-laicado, como dos situaciones eclesiales enfrentadas, en el sentido de que todo el Pueblo de Dios está destinado a la Salvación y recibe los mismos medios por llegar a la misma, aun cuando en la existencia eclesial hay una diferencia en la participación del sacerdocio de Cristo, en el sentido que el ministro ordenado ha de prestar unos servicios y ha de ejercer una representación de presidencia, que no corresponden a los que participan en el mismo sacerdocio, pero sin estar investidos de la misión ministerial, en virtud de la imposición de las manos.

Dones y carismas, frutos del Espíritu Santo⁸⁰

Las Escrituras muestran como el Espíritu Santo es el don de Dios, Hch 2,33.38. Un don sin medida, Hch 3,34. Por lo tanto, no se trata de que Dios dé una cosa, sino que regala su presencia viva, creadora de una vida nueva en el amor (Rm 5,5), que derrama en la humanidad como un río (Is 32,15-20, Ez 41,1-12; Ap 22,1-12).

⁷⁵ Véase San CIPRIANO, *De oratione dominica*, 23, PL 4,553, citado en *LG 4*. Véase FORTE, *La Iglesia icono de la Trinidad*, p. 24.

⁷⁶ Véase FORTE, *La Iglesia icono de la Trinidad*, p. 29.

⁷⁷ DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, pp. 81-83.

⁷⁸ AMENGUAL I BATLE, *L'Església com a Poble de Déu*, pp. 54-64, donde hay una síntesis de este tema tan ecuménicamente fecundo, y de tanto alcance para el diálogo del cristianismo con las religiones, y propuesto y estudiado por Congar.

⁷⁹ Ignace DE LA POTTERIE, «La unción del cristiano por la fe», en DD. AA., *La vida según el espíritu*, Salamanca 1967. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 306.

⁸⁰ Vegeu MOLLAT, *La palabra y el Espíritu*, pp. 65-68.

Cristo, con esta manifestación, nos ha traído la fuente de la vida, que es el Espíritu, que nos ha sido dado sin medida (Jn 3,34). Esta vida según el Espíritu tiene unas manifestaciones, que ahora volamos recoger.

En primer término, es un don comunitario, hecho a las iglesias de Judea, etc., Hch 9,31.

También las personas reciben estos dones, que se manifestaron en forma de lenguas de fuego (Hch 2,3), que posaron sobre los reunidos en Jerusalén, que eran los discípulos, los doce, las mujeres y otros discípulos. Es preciso no leer superficialmente el cap. 2 de los Hch. Efectivamente los reunidos fueron agraciados por el Espíritu, pero no eran solamente los Doce, sino que además había algunas mujeres, María, la madre de Jesús, con sus hermanos. Pero también, Matías, José, el justo, etc. La universalidad de la efusión del Espíritu no solamente se expresa en el número de los doce, que los apóstoles completaron, sino también en que fueran agraciadas otras personas, de ambos sexos.

Los dones serían diversos, unos llamativos, como el de hablar lenguas, otros dones serían el de la fe, la gracia, el poder en la palabra, que hacía irresistibles a los que hablaban en el Espíritu (Hch 6,5-10).

Pablo expresa claramente la diversidad de los dones, que provienen de un mismo Espíritu (1Co 12,7), y que tienden a la comunión (1Co 12,8-9).

En esta manifestación de los dones del Espíritu aparece la creación de los siete diáconos, siete hombres llenos del Espíritu y de sabiduría (Hch 6,3), entre los cuales destacan los dones de gracia y de poder en Esteban (6,8), a cuya palabra los judíos no podía resistir (6,10).

Saliendo del ambiente de Jerusalén, vemos como Bernabé, en Antioquia, aparece como hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe (Hch 11,24).

El fundamento de la teología de los dones del Espíritu Santo parte de esta tradición, y, en Is 11,1-3, se relaciona con la descripción profética del rey Mesías lleno del Espíritu de Dios. La persona, bajo este influjo, vive en una habitual dependencia de la acción divina (Rm 8,14) y se abre a la invasión pujante de la plenitud de Dios (Ef 3,19).

Los carismas

La palabra griega *χάρις* significa don gratuito, y en el Escritura designa un don divino, que, particularmente en el Nuevo Testamento, tiene siempre un sentido religioso que, en San Pablo puede designar la salvación en su generalidad (Rm 5,15-16; 6,23), como también se puede referir a verse liberado de un peligro mortal (2Co 1,11).

El uso de *χάρις* en plural designa los dones del Espíritu en vistas a la construcción de la comunidad eclesial. Es desde este horizonte comunitario que Pablo define y valora los carismas: Que todo se haga para la edificación común (1Co 14,26). Los dones enriquecen; pero no en vistas a la confrontación, o la dispersión, sino para que la Iglesia se vea fortalecida, preparada para ser una presencia renovadora en el mundo, para ofrecer servicios, no sólo ministeriales, sino también válidos para implantar la justicia en el mundo.

Entendidos así, los carismas son ministerios para el servicio de la comunidad, de forma que el paso de carisma a la diaconía en Pablo se hace sin distinción, y ambos términos indican una misma realidad (1Co 12,4-6), porque los carismas no tienen más objetivo que mostrar el Espíritu para el provecho común (1Co 12,7).

Las muchas listas que Pablo da sobre los carismas son siempre incompletas (1Co 1,7). Habla del conocimiento, de la palabra (1,5), de curación, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, de lenguas, de interpretar (12,9-10). No siempre emplea la palabra *χάρις*, pero análogamente alude a una experiencia carismática en la carta a los Gl 3,5, y de modo semejante en 1Ts 5,19-20.

En los Hch *χάρις* siempre tiene un significado mesiánico, que se manifiesta de una forma palpable. Las comunidades cristianas, con estos dones, podrán descubrirse como Cuerpo de Cristo en crecimiento en el Espíritu (Ef 2,21-22; 4,12-13).

El fruto del Espíritu

La noción de fruto del Espíritu pertenece a la carta a los Gl, 5,22, que es el amor, como oposición a las obras de la carne. Es una explicación de lo que ya había escrito en 1Co 12,31; 13,13, cuando precisaba que el amor es superior a los carismas, dado que los carismas pasan, mientras el amor perdura. El amor del que habla en Gl es el fraterno, que tiene el origen en la amor divino, que Dios ha derramado entre nuestros corazones, por el Espíritu que nos ha dado (Rm 5,5).

Frutos de este amor son el gozo, la paz, la paciencia, la afabilidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre, la templanza (Gl 5,22.23).

Entendidos de esta manera, los frutos del Espíritu, siempre van vinculados a la amor, que permanece, y que, en último término, será la medida de discernimiento para estar en el Reino (Mt 25,31-46). El amor, con sus frutos, contribuye al crecimiento del cuerpo (Ef 4,16), y con este signo podemos decir que viene de Dios (1Jn 4,1).

El Espíritu Santo y el Hijo

Ya en el Antiguo Testamento se había vislumbrado que el Mesías sería investido por el Espíritu, que reposaría sobre la descendencia de Jesé (Is 11,2)⁸¹. En el Nuevo Testamento Jesús es confesado por la primera iglesia como aquel que había sido ungido por la fuerza del Espíritu (Hch 10,38), y lo había recibido a sin medida (Jn 3,34). Además, Jesús prometió una efusión de este Espíritu sobre los discípulos (Jn 14,16-18).

Pese a esta palabra del Nuevo Testamento la historia de esta relación es muy compleja, tanto entre los griegos como entre los latinos⁸².

En el Oriente existe un contexto muy polémico, que coordina y subordina la reflexión teológica a la oración.

San Atanasio empleaba una terminología todavía débil: *οὐσιὰ ὑποστασιζῶν προσοπού ἐνεργεία*.

Por su parte, los Capadocios parten del Padre como única fuente o principio en la Trinidad, de forma que la procedencia del Hijo es conocida como *gennhsia*, mientras la del Espíritu Santo se califica como *evkporousij*, sin referencia alguna al Hijo.

Siglos más tarde, Focio hablaba de la procedencia del Espíritu Santo como *ἐκ μουου πατρος ἐκπορευεταί*, mientras eliminaba textos de los Padres, que eran más abiertos en cuando a reconocer una función del Hijo en la venida del Espíritu Santo⁸³.

En cambio **en el Occidente** las posturas orientales son consideradas vulnerables, y proclives al monopatrismo.

San Ambrosio, San Hilario y otros manifiestan que el Espíritu Santo procede del padre y del Hijo.

San Agustín encontró fuentes neotestamentarias para creer y enseñar como el Espíritu procede del Padre, Mt 10,20 (El Espíritu de vuestro Padre hablará en vosotros); Rm 8,11 (El Espíritu del que resucitó Jesús de entre los muertos), y del Hijo, Rm 8,9 (Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo no es de Dios); Gl 4,6 (Dios envía el Espíritu de su Hijo que clama *Abbà*). Pero también el Espíritu Santo procede del Hijo.

Disponemos de una riqueza de comentarios patrísticos, que, como ya hemos apuntado, ven en la espiración de Jesús la donación, la entrega del Espíritu Santo (Jn 19,30): *καὶ κλίνας τὴν κεφαλὴν παρέδωκεν τὸ πνεῦμα*. En la Vulgata leemos: *et inclinatio capite tradidit spiritum*. Este versículo, traducido suena así: “E inclinando la cabeza entregó el espíritu”. Por tanto, la teología

⁸¹ DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 46.

⁸² SCHÜTZ, *Einführung*, p. 204.

⁸³ CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 499.

occidental se encaminó hacia la doctrina según la cual también el Hijo es origen y espirador del Espíritu Santo.

Más aún, una traducción poco acertada que empleó San Agustín, sirvió para reorientar la teología del Espíritu Santo. Se trata de un pasaje del diálogo de Jesús con la samaritana” λέγει αὐτῇ ὁ Ἰησοῦς· ἐγώ εἰμι, ὁ λαλῶν σοι... que la Vulgata traduce de la manera siguiente: *dicit ei Iesus ego sum qui loquor tecum*. Nosotros entendemos: “Jesús le responde: «Yo soy, el que te habla.»”. En cambio, aquella traducción lo pasaba al latín de esta manera: *ego sum principium qui loquor tecum*, es decir: “Soy el principio que habla contigo”.⁸⁴ Des de este momento, en Occidente resultó fácil ver el Hijo como origen eterno del Espíritu. Por tanto, el obispo de Hipona introduce una visión más amplia que la de los griegos del concepto “Procesión”.

La posterior introducción del término *Filioque* o “y del Hijo”, en el Credo, primeramente de parte de la liturgia hispánica, y luego por parte de la franca, es una cuestión que desborda nuestros objetivos. Que las iglesias occidentales fueran poco delicadas con la veneración que los orientales tenían por las fórmulas de fe, como el Credo, y sin ningún sentido sinodal, introdujeran el mencionado término en el Credo común, es un hecho más, que se suma a las muestras de superioridad intelectual que contemporáneamente ofreció el patriarca Focio. Ciertamente, éste poseía una erudición imposible en un occidental de su tiempo. De todas maneras, estas derivaciones, aquí sobrepasan los límites permitidos para nuestro ensayo.



⁸⁴ SAN AGUSTIN, *De Trinitate et Unitate Dei Liber unus*, cap. I, PL 42, 1193. Leemos algo semejante en traducciones latinas de Jn 8,25. De todas maneras, los seguidores de San Agustín le fueron fieles en este punto.

IV Aproximación a la experiencia que tuvo el P. Joaquim Rosselló y Ferrà sobre el Espíritu presente en la Iglesia

Cuando hablamos de la Iglesia en el P. Fundador, hemos de entender forzosamente la Iglesia católica. Otros planteamientos nos llevarían muy lejos, y nos distraerían del que ahora pretendemos.

El P. Joaquim no pertenece a la galería de católicos acomplejados. Su familiaridad con la hagiografía incluso lo hizo un católico próximo al triunfalismo, porque conocía las incontables aportaciones de los cristianos a la fe y a la humanización. Los hospitales, las escuelas para todos y las universidades son inventos cristianos, en plena vitalidad. Hemos de alegrarnos que hoy sean patrimonio público. Pero, como el P. Joaquim Rosselló y Ferrà, De otra parte, conocía las fragilidades históricas, combatidas por los grandes santos reformadores, y le eran familiares las debilidades de los creyentes, conocidas en miles de confesiones. No le eran ajenas las miserias de los religiosos y religiosas, a muchos de los cuales dirigía. Que conocía bien de cerca las carencias de cierto clero lo muestra en la *Última Exhortación* y lo reconocieron los obispos, cuando le encomendaron proceder al discernimiento con ciertas personas heridas, por lo cual se pudo hablar propiamente de su “ministerio de la piscina”⁸⁵, rememorando escenas de curación en el Evangelio. Hemos señalado que el P. Fundador nos ayuda a sentirnos miembros vivos de la Iglesia de Jesucristo.

¿Como surgió la Iglesia?

Ahora debemos seguir diciendo que, de una u otra manera, sabemos que Jesús de Nazaret es el iniciador de la Iglesia y, si queremos, también es su fundador, mientras no queramos decir que realizó actos jurídicamente formales para constituirla y para darle comienzo⁸⁶.

Será un inicio de una metodología teológica seria y que, tal vez logrará hacerse respetar más, si a las palabras y a las expresiones les damos un sentido gramaticalmente válido. Así, deberemos renunciar a una excesiva seguridad en ciertas expresiones que presentan a Jesús como si se hubiera presentado ante notario para fundar la Iglesia, sin tener en cuenta que el único evangelio que contiene la palabra Iglesia es el de Mt 16,18, y lo expresa en futuro: edificaré. Nunca muestra cuando Jesús la fundó. Pero cualquier teología o historia de los orígenes, que recoja el contenido completo de la aportación de los evangelios, podrá atribuir a Jesús el origen de la comunidad que, sobre todo en Pablo y en Lucas en los Hechos, se la denomina Iglesia. Los apuntes anteriores nos ayudan a captar por qué los evangelios nos hablan de los tiempos de Jesús, y los Hechos, Pablo y la literatura que lleva su nombre, y la del nombre de Juan hablan a menudo de la Iglesia y de las iglesias.

La progresión histórica de la manifestación de la Iglesia, depende de la donación histórica del Espíritu (Jo 7,39; 20,22)

La Iglesia no es obra de un día. Veremos como el concilio Vaticano II señala tres etapas previas a la plena constitución de la Iglesia, constitución que es posterior a Jesús, y que depende del Resucitado y de la donación del Espíritu Santo. Jesús prometió edificar la Iglesia, y lo cumplió pero solamente si incluimos todo el misterio de su muerte y resurrección. No antes y aparte de estos misterios, que ya no son objeto de observación histórica. Antes de la Resurrección no hay ningún dato que nos permita ver que Jesús consumara su tarea de reunir su Iglesia. Además, si esta es una comunidad de creyentes en Cristo, es imposible que fuera cumplida antes de que Jesús fuera manifestado como Cristo en la Resurrección. Si es una comunidad creada por el Espíritu Santo,

⁸⁵ Josep AMENGUAL I BATLE, *Columna y Antorcha de la Iglesia de Mallorca. P. Joaquim Rosselló i Ferrà*, Madrid 1996, pp. 269-271 = Manuel SOLER PALÀ – Josep AMENGUAL BATLE, *Joaquim Rosselló i Ferrà. Un misionero de corazón*, (BAC popular 132) Madrid 1997, p. 205.

⁸⁶ Este tema es objeto de estudio en todos los tratados sobre la Iglesia. Se puede seguir un planteamiento sencillo, en AMENGUAL I BATLE, *L'Església com a Poble de Déu*, pp. 103-162, con suficiente bibliografía.

dentro la revelación el Espíritu todavía no se había manifestado, porque Jesús todavía no había sido glorificado (cfr. Jn 7,39).

Es evidente que el Espíritu existe desde la eternidad; pero en la vida de la humanidad era un desconocido. Actuaba, pero no se le conocía ni se sabía de su existencia, porque el Espíritu Santo pertenece a la revelación cristiana, que es una historia, que se va realizando históricamente. El Espíritu Santo no es un concepto ni una fórmula, sino una fuerza, una presencia, un don, una Persona, que hasta que no nos percatamos que empuja, que está a nuestro lado y en nosotros, hasta que no lo recibimos, hasta que no lo amamos personalmente, es como si fuera inexistente. Muy de otra manera sucedería si fuera un ser material. Su existencia sería inmediata y no seguiría un camino de vida histórico. Estaría allá o aquí.

Esta espiritualidad del Espíritu –por la redundancia en este caso no corresponde pedir excusa— hizo que Jesús, según Jn 7,39, fuera tan realista, diciendo que todavía no había Espíritu. Y, si aceptamos a Jesús como revelador, maestro y pedagogo, no lo hemos de corregir, antes hemos de tomar con afecto su manera de expresarse, y luego seguiremos hasta recibir el Espíritu, cuando lo habrá y donde lo habrá y donde nos conducirá: “el viento sopla donde quiere” (Jo 3,8). De aquí que hemos nacer del Espíritu (Jo 3,8).

Este nacimiento es posible desde que el Hijo alentó sobre los reunidos, hombres y mujeres, y proclamó universalmente: “Recibid el Espíritu Santo” (Jo 20,22). Antes de este nacimiento no sólo estaba controlado, sino que experimentarlo era imposible, por que “no había Espíritu” (Jo 7,39).

Es importante asimilar una mentalidad histórica, para no imponer automatismos constantemente o para no suponer que todas las realidades que muestra el Nuevo Testamento nacieron completas y acabadas. Al contrario, Jesús inició un movimiento hacia a un Nuevo Israel, estableció una Nueva Alianza, para formar un Nuevo Pueblo, Jesús procedió con una pedagogía adecuada a proceso humano, que en todo es lento, pleno de progresos y de regresiones. Lo mismo hace falta que digamos sobre la manera de obrar de la Iglesia. Es bien cierto que los apóstoles gozaron del don pentecostal del Espíritu, acontecimiento que no los dispensó de padecimientos, de dudas; Pentecostés no los liberó de las discusiones, ni de contar con el tiempo por resolver las grandes cuestiones de la primera iglesia.

La oración precedió a las soluciones tomadas sinodalmente, tras proceder a un debate o, al menos, a un discernimiento, según unos criterios aceptados antes de elegir a Matías, por ejemplo. El criterio era que el sustituto de Judas había de haber sido discípulo desde el bautismo de Jesús (Hech 1,24); oraron antes de admitir a los paganos a la fe, sin hacerlos pasar por la circuncisión (Hech 11,1-18; 15,1-29).

El Espíritu Santo nunca suple la plegaria ni la reflexión, necesarias para llegar al discernimiento eclesial. El Espíritu acompañaba a los apóstoles, pero no los sustituía. De aquí que cuando se habla de que los apóstoles, tras Pentecostés tenían ciencia infundida, o cuando alguien se entusiasma ponderando la fuerza de la gracia de estado, puede decir verdades muy serias, o puede justificar muchas arbitrariedades y llegar a condescender con mucha pereza mental, que acaba en condenas, de las cuales a la cabo de siglos ahora los papas piden perdón. Como muestra de la laboriosidad que supuso resolver sin tapujos la aceptación de los paganos.

Por esto, repetimos que no hay plenamente Iglesia, antes de los acontecimientos pascales. Si no hay resurrección no hay fe en Cristo resucitado. Sin esta fe no hay donación del Espíritu. Y sin Espíritu no hay Iglesia.

El misterio pascual de Cristo incluye la donación del Espíritu. Así podemos leer muy bueno al Decreto de ecumenismo UR 2b:

Una vez levantado sobre la cruz y glorificado, el Señor Jesús envió el Espíritu que había prometido con qué va congregar el pueblo de la Nueva Alianza, que es la Iglesia en la unidad de la fe, de la esperanza y de la caridad como enseña el Apóstol: Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, como es también una de suela la esperanza que os da la vocación a qué habéis sido gritados; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo (Ef 4,4 5).

Este Espíritu santifica incesantemente la Iglesia y los creyentes tienen acceso al Padre mediante Cristo en un mismo Espíritu (Ef 2,18).

El Espíritu guía la Iglesia hacia la verdad completa (cfr. Jn 16,13), la unifica en la comunión y en el ministerio y con varios dones jerárquicos y carismáticos la instruye y dirige embelleciendo la con sus frutos (cfr. Ef 4,11-12; 1Co 12,4; Gl 5,22); la rejuvenece con la fuerza del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su esposo. Porque el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: Venís (cfr. Ap 22,17; LG 4).⁸⁷

Como resumen del que vamos diciendo, leemos todavía en el concilio Vaticano II:

El Padre eterno, por un designio libérrimo de su sabiduría y bondad [...] decidió convocar los creyentes en Cristo a la Iglesia santa. La cual, prefigurada desde que el mundo es mundo, y prodigiosamente apuntada en la historia del pueblo de Israel y en la Alianza antigua, fue establecida los últimos tiempos y manifestada con la efusión del Espíritu. Esta Iglesia llegará a su plenitud a finales de los tiempos. Entonces, como dicen los santos Padres, todos los justos, desde Adam, de Abel hasta el último de los electos, se congregarán en la Iglesia universal, en la casa del Padre (LG 2).

1.- El Espíritu en la Encarnación

El misterio de la Encarnación es uno de los que tanto el Evangelio como la tradición cristiana ha acentuado más la obra del Espíritu Santo, porque se trata de un acontecimiento que, en cierto modo, entra dentro de la historia, pero con una fuerza que trasciende todo poder humano. Pese a esto, no solamente una mujer, María, sino también su esposo fueron las personas elegidas por dar una madre y una familia a Jesús⁸⁸. Entra en este misterio el amor de Dios en María, que una vez más en el P. Joaquim Rosselló se inspira en las imágenes literarias tan atrevidas como las del Cantar de los Cantares, citado literalmente y en paráfrasis como lo muestran los textos que recogemos.

De aquí viene que podamos conocer una reiterada predicación sobre Inmaculada Concepción, como privilegio para exaltar a María, como Madre de Jesús, el Hijo del Padre encarnado por obra del Espíritu Santo. Tanta es la grandeza de María, que ningún privilegio es tan grande que Dios no deba otorgárselo. Toda prerrogativa parece como necesaria⁸⁹, siguiendo las expresiones de Duns Escoto. Dado que convenía, Dios, para magnificar a María la hizo Inmaculada.

⁸⁷ Josep AMENGUAL I BATLE, *L'Església com a Poble de Déu. Notes d'Eclesiologia*, (Lucus 5) (Publicacions del Santuari de Lluc) Mallorca 1993, p. 222-226.

⁸⁸ PE, día 17, punto segundo: *La Inmaculada Señora, aunque de stirpe real, no se desdeña de casarse con un artesano; y el Divino Jesús, si bien Hijo de Dios, y concebido por obra del Espíritu Santo, quiso pasar y que le tuvieran por hijo de ese mismo artesano, el Patriarca San José*. 16 [Sermón de San José, 12/05/1889, en Sant Miquel] *Oh Gloria, gloria sea dada a tan excelso, a tan grande y magnánimo Protector de la humanidad! Gloria por sus relevantes virtudes, por sus honoríficos empleos, por su alta dignidad de Esposo de María y Padre putativo de Jesús. Gloria por el poder de que goza cabe el trono de Dios, poder superior al de todos los Santos, poder casi igual al de su paloma y paloma del Espíritu Santo la Inmaculada María*. (Cant 6,8; cf. 2,10.14; 5,2).

⁸⁹ 28 Novena de la Purísima predicada en Selva 1894. *Tercer día: Ay con mucha razón pone la Iglesia en boca del Espíritu Santo estas palabras del libro de los Cantares: Qué hermosa son tus primeros pasos; oh hija del príncipe! Qué hermosa eres, cuán graciosa en las castas delicias del esposo!* (cf. Cant 1,14; 4,1; 7,69). *Séptimo día: Ah! desde luego el Padre la proclamaría su hija, el hijo la elegiría por su Madre, el Espíritu Santo por su templo, por su santuario, por su paloma, por su esposa...* (Cf. Lc 1,35; Cant 6,8; 2,10). 29 [Sermón sobre la Inmaculada Concepción] (sermón en ambas lenguas). *Vadam el videbo visionem hanc magnam. Aniré y veuré aquesta gran meravella* (Eclesiástico, c.24, v.26) *Un gozo inexplicable inunda mi corazón desde el momento que me considero constituido en este lugar santo para formar una guirnalda, para tejer una corona de alabanza, para predicar las glorias de la Inmaculada. Oh que día este grande y tan alegre, en que la Iglesia nos recuerda la Concepción sin mancha de María Virgen escogida de Sión, de esta alegría participa hoy el cielo, la tierra, las generaciones todas. El cielo. Oh! El Padre se complace al ver aparecer ante su presencia a esta niña tan perfecta, tan pura, tan Inmaculada. El Hijo se goza con el pensamiento de que un día la ha de tener por*

Una consecuencia de esta predilección por María, constituida como predilecta del Espíritu, desemboca en la confianza en su intercesión, por lo cual la invoca, bajo la advocación de Corazón Inmaculado de María⁹⁰.

2.- El Espíritu manifiesta la Iglesia, como lo hemos señalado más arriba (Pentecostés)

El impulso de Pentecostés fue el que animó al apóstol Santiago a salir hacia el extremo de la tierra. Es secundario que históricamente esta predicación en Hispania sea casi imposible⁹¹. Con todo, en el s. XIX muchos lo daban como un hecho, para el que el misionero buscaba una explicación, y la encontraba en los Hechos de los Apóstoles, dónde vemos como el Espíritu empujaba a la salida de Jerusalén⁹².

De hecho, Herodes hizo matar a Santiago hacia el año 44, es decir, una media docena de años antes de que los demás apóstoles descubrieran que habían de acoger a los paganos sin convertirlos antes al judaísmo. Sólo por la situación poco clara de los apóstoles en su actitud hacia los paganos habría suficiente motivo para excluir el viaje de Santiago a Hispania. No olvidemos que, también en la historia de la Iglesia sigue válido que la cronología es uno de los ojos de la historia. Aun así, que el P. Joaquim considere el impulso misionero como una manifestación del Espíritu Santo pertenece al mensaje más original de los Hch, y es que teológicamente esta fuerza pertenece a su acción más característica.

3.- El Espíritu crea el hecho de que los creyentes se constituyan en comunidad o en iglesia, porque habla por las Escrituras, y actúa según lo que esta Palabra nos revela

Esta es una aportación muy conocida por los creyentes, que tiene un trasfondo más bien teológico, en el sentido que se refiere a la revelación de Dios, que ha hablado por el Espíritu Santo. Lo expresamos en el Credo, cuando decimos que el Espíritu Santo "ha hablado por los profetas".

Con este recurso, el predicador popular P. Joaquim Rosselló pretendía dar fuerza al mensaje que anunciaba. La palabra, pronunciada o más bien escrita por el Espíritu Santo, toca los aspectos más variados de la vida cristiana, con lo cual el Espíritu invita a la conversión y a la renovación, o aquellos que viven según el Espíritu se sienten queridos y reconocidos por Dios⁹³.

En cambio, como dice el Espíritu santo, toda suerte de pecado es un camino hacia la muerte, ya que Dios creó Adam como ser viviente⁹⁴.

Madre, el Espíritu Santo se recrea ya en ella como quien le sirve de tabernáculo.

⁹⁰ PE, día 2: *Corazón Inmaculado de María morada del Espíritu Santo, ruega por nosotros.*

⁹¹ Además, se trata de una tradición muy tardía, o digamos medieval, bien localizada y para nada universal, que sirvió para liberar a las iglesias de los territorios que habían hecho retroceder el Islam, de la jurisdicción del Primado de Toledo, que estaba bajo el poder califal o de los taifas. Estos recursos eran frecuentes y nadie los denunciaba como mentiras en la Edad Media. Otra cosa es que Santiago de Compostela sea uno de los lugares de peregrinación más antiguos y tradicionales, y con razón.

⁹² 17 (Nº 6º) Sermón del Apóstol Santiago. *Él quien, recibido el Espíritu Santo, recorre las ciudades, pueblos y aldeas de Palestina para anunciar a sus hermanos la fe de J. C. y extender el reino del verdadero Mesías; él quien, después de la muerte de S. Esteban viendo que nada podía hacer en su pueblo, antes de la separación de los demás Apóstoles y partida de Jerusalén para ir a predicar al mundo universo, se embarca en Joppe para venir a España.*

⁹³ PE, día 17, punto 3: *El Espíritu Santo llama bienaventurado al varón, que hallado sin culpa, no se deja arrastrar por la codicia del oro, metal apetecible, ni pone su confianza en dinero ni tesoro alguno: "Beatus vir qui inventus est sine macula, nec sperabit in pecunia et thesauris" (Ecli 31,8). Este, dice, es digno de toda alabanza, porque ha obrado prodigios en la tierra: "fecit enim mirabilia super terram".*

⁹⁴ PE, día 27, punto 1: *Dios, dice San Pablo (Rm 5,12) no hizo la muerte, sino que el pecado la introdujo en el mundo: "Per peccatum mors" y como todos pecamos en Adán, cuyo tronco era el del árbol fructífero de la humanidad en que todos estábamos; por todos ha debido pasar la muerte "Omnes morimur" (Ecl 8,8). Es pero la muerte para unos, principio de la verdadera vida, como para otros, de otra muerte mucho pero que se llama eterna; la muerte de los primeros que cabe regularmente en los que perseveran siempre en la devoción y amor a los Sagrados Corazones se llama preciosa en la Sagrada Escritura, "pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum eius" (Sl 115,5), la de los segundos, que*

Consecuentemente, el P. Rosselló veía en la palabra del Espíritu Santo una advertencia contra las tendencias a vivir según la carne⁹⁵, en contra de la vocación cristiana a vivir según el Espíritu. Una tendencia a la vida según la carne, como recuerda la Escritura, entra por los ojos. El misionero lo aplicaba a la atracción que el hombre siente por la mujer, y que se puede convertir en una propensión a poseerla y a gozar del placer de la carne, que no está de acuerdo con la vocación que cada cual ha recibido, según la sabiduría que transmite el Espíritu. Por esto, los ojos son las ventanas por las cuales entra la muerte⁹⁶.

Por esto, el Espíritu clama contra la injusticia que se institucionaliza en las maneras diversas que tienen los poder públicos para extorsionar a los débiles, como fue el caso de Zaqueo. Si fue liberado se debió a que supo restituir⁹⁷, porque la restitución es un requisito previo a cualquier perdón cristiano, y, en último término, humano. Otra cosa bien diversa es la legalidad, que puede amnistiar a asesinos, ladrones, calumniadores, etc. sin restitución, porque la ley, como dice Pablo, es fruto del pecado. El hombre que vive según el Espíritu debe ser reconciliado interiormente, no sólo amnistiado legalmente.

No hay duda de que las sociedades democráticas llegan a crear una mentalidad según la cual basta cumplir las leyes, para que seamos cristianos. En esta concepción hay una de las falacias más perversas de nuestros tiempos. Es cierto que muchas leyes han humanizado la vida de la sociedad. Pero, por ejemplo, es de la máxima importancia que la emigración sea bien ordenada; pero la mayoría de las leyes que la regulan son injustas en ellas mismas. Incluso violan la declaración universal de los derechos humanos, tan magnificada. A los países productores de emigración se les debe restituir la posibilidad de controlar sus riquezas, la capacidad de protegerse contra el proteccionismo de los continentes ricos, se deben restituir los gastos que han hecho en educación de los técnicos, que les usurpan los países incapaces de generar los científicos que sus programas tecnológicos piden. Hay violaciones de derechos humanos en los niños nacidos en país extranjero, porque las leyes no admiten su reconocimiento civil. ¿A quién hemos de obedecer, al Dios de la vida o a los legisladores inhumanos? El Espíritu del Dios que alienta sobre toda persona y empezó a existir está por encima de toda constitución de cualquier país. Si los que somos llamados a vivir según el Espíritu no damos testimonio, ¿a quién encomendamos la vida de los pequeños? Sería el fracaso del Espíritu derramado sobre toda carne. Habría una carne digna y una no reconocida con el derecho a la vida.

El misionero no podía ahorrarse de repetir que el recuerdo del juicio definitivo de Dios, como proclama el oráculo infalible de la Palabra del Espíritu, libera de la tendencia al pecado⁹⁸.

perseveran más bien en sus vicios y en el amor a las criaturas, pésima: "mors peccatorum pessima" (Sl 33,22).

Y les da este nombre el Espíritu Santo, tan diferente para que comprendamos que como es tan desemejante la vida de unos, de la de otros, lo debe ser también por legítima consecuencia la muerte.

⁹⁵ PE, día 21, punto 1: *Entre los principales enemigos que combaten al hombre, uno puede considerarse el más poderoso, por razón de ser mayor el número de sus conquistas: éste es el que siempre llevamos y que llamamos carne. Es tan prematuro e insistente en sus luchas, que comienza ya a combatirse en la niñez, no aguardando a veces el que asome el uso de la razón; desarrolla su fiereza en la juventud, toma su asiento en la virilidad y así combatiendo sin descanso noche y día, llega hasta más allá de la ancianidad, hasta el sepulcro en donde según expresión del Espíritu Santo, se duerme, cebándose en los huesos de su víctima: Et cum eo in pulvere dormiet. (Job 20,11).*

⁹⁶ R, 90, cap. V: *porque éstas son las ventanas de que habla el Espíritu Santo, por donde entra la muerte al alma.*

⁹⁷ PE, día 21, punto 3: *"Vae vobis" ¡Ay de vosotros"! os dice el Espíritu Santo (Lc 6,24) pues que vendrá tiempo en que padeceréis hambre y extrema necesidad: "Divites egerunt et esurierunt"(Sl 331,11) cuando los que habrán sabido desprenderse de todo, gozarán en abundancia de los verdaderos bienes, "Exurientes implevit bonis" (Lc 1,53). ¿Quién, cristianos, a vista de semejante calamidad vaticinada a los codiciosos o de ventura tanta prometida a los hambrientos, dejará de imitar a los Sagrados Corazones en su admirable desprendimiento? ¿Quién no arrancará de su corazón, la afición desordenada al dinero, al oro, no adquirido con la equidad y justicia que exige el Sagrado Evangelio y que obliga a la restitución por su posesión injusta? (Lc 19,8).*

⁹⁸ PE, día 27, punto 2: *¡Ay! y cuantos cristianos que les vemos apartados de Dios, hundidos en*

Finalmente, el Espíritu Santo es la fuente de la paz y de la felicidad ya en este mundo, como mostró el P. Rosselló cuando repasaba su vivencia feliz en la fecunda soledad que le permitía el claustro del Oratori de Sant Felip Neri de Palma. Esta paz lo llenó de felicidad en Sant Honorat, durante los meses que precedieron el traslado a Lluc.

Esta paz, era la que estamos invitados a encontrar y a disfrutar en los SS. Corazones de Jesús y de María

¡Oh sí; en ellos está el tesoro de toda riqueza! En ellos se encuentran los verdaderos bienes por ser el centro de toda bondad y perfección. En ellos el oro, la plata y las piedras preciosas de todas las virtudes, de la humildad, de la mansedumbre, de la paciencia, de la caridad con Dios y con el prójimo; en ellos la paz, el gozo en el Espíritu Santo que constituyen el verdadero reinado de Cristo Dios en nuestras almas⁹⁹.

Además de estas referencias a aspectos fundamentales para la vida cristiana, la Escritura, inspirada por el Espíritu Santo, contiene elementos que dependen del momento y del ambiente cultural que condicionó cada escrito. Así, los de orientación sapiencial expresan como los padres habían de educar los hijos. Incluso habían de utilizar el palo, en casos en que lo encontrarán necesario, porque ahorrarlo era una manera de desentenderse de la buena educación de sus hijos¹⁰⁰.

4.- El Espíritu dirige la Iglesia

Un segundo ámbito de la intervención del Espíritu Santo es más eclesiológico -y pertenece, evidentemente a la teología- y consiste en ver como el Espíritu Santo ha puesto a los obispos como pastores. De aquí que habremos de referirnos a la Iglesia local.

Cada vez que hay un cambio en el ritmo de la Iglesia primitiva los apóstoles descubren una efusión del Espíritu.

La Iglesia está guiada por el espíritu Santo: es en y por el Espíritu (Rm 8,27). Esta guía no es teórica o meramente supuesta lejanamente. Muy al contrario, se fundamenta en el realismo que el P. Joaquim descubrió en las palabras de los Hechos de los Apóstoles 10,28, que tanto en griego como en latín designan a los obispos. El texto tan conocido, que citamos inmediatamente, omite la segunda parte del versículo, que no era necesario citar, pero que podemos recordar aquí, y es que el

el lodazal de las más inmundas pasiones, casi ya sin sentimientos de religión, no llegaran a un estado tan infeliz, si se acordaran que han de morir, que ha de venir para ellos la muerte... Es oráculo infalible del Espíritu Santo, recuérdate hombre de tus novísimos y nunca pecarás: "memorare novissima tua et in aeternum non peccabis" (Ecl 7,40); nunca, dice, pecarás.

⁹⁹ PE, día 19, punto 1. Cf. Rm 14,17. cf. NC, VI, p. 28, XIV, p. 57. 10 [Sermón sobre Santa María Magdalena, 22/07/1880, punto 14, en Santa Magdalena]. *Si pecadores como Magdalena, arrepintámonos como ella, y como ella seamos fieles a la divina gracia, prontos en seguir sus inspiraciones, porque escrito está que el Espíritu Santo no sufre tardanzas ni dilación alguna. Sea también duradera nuestra conversión, no de esas ordinarias que en tanto duran en tanto tarda en presentarse la ocasión de caer en nuevos pecados. Sea nuestra vida la vida de Jesús, vida de mortificación, vida de retiro, vida de contemplación, vida de íntima unión con Dios; nunca vida que pueda comunicarnos en este miserable desierto, en este valle de lágrimas, la paz verdadera, la tranquilidad suma, el tan apetecido del don del gozo en el Espíritu Santo, que es, según el Autor de la Imitación de Cristo, en lo que consiste el reino de Dios en nuestra alma: Regnum Dei intra vos est; et est pax et gaudium in Spiritu Sancto (Rm 14,17; Im. Chr. II, 1,1.).*

¹⁰⁰ 4 [Sermón sobre Sta. Teresa de Jesús, 13/10/1871] .Día 1º. *Cómo pues, ha de ser extraño ver en nuestra época la infancia tan indolente, la juventud tan pervertida? Padres, queréis que vuestros hijos sean modelos de virtud? educadlos, corregidlos, dadles buen ejemplo. Educadlos en los buenos principios de la moral y piedad cristiana. Escuchad lo que os dice Dios en el libro de la Sabiduría: Filii tui sunt, erudi illos et curva a pueritia illorum (Sab 7,25) et refrigerabit et dabit delicias animae tuae. (Prov 29,17) Tienes hijos, pues instruyelos... et curva illos, es decir, dóblales la voluntad desde pequeños, no los dejéis estar en sus caprichos, porque sino serán vuestra cruz, vuestra pesadilla, los que os conducirán más pronto al sepulcro en vuestra vejez. Filii tui sunt, pues corregidlos en sus defectos y extravió porque al hijo aborrece, quien pensando amarle perdona la vara; no atiende al castigo; qui parciit virgae odit filium suum, (Prov 13,24; cf. 23,13; Eccl 30,1) dice el Espíritu Santo.*

rebaño confiado a los obispos no es cualquier comunidad, sino aquella que Cristo redimió con su sangre. Es decir, Dios pone en manos humanas aquello que ha rescatado con sangre divina. Es una manera de reconocer que la obediencia a los obispos nunca es, cuando se trata de las responsabilidades pastorales, una cuestión discutible ni secundaria, fuera del caso evidente y poco frecuente de contradicción con el Evangelio, hecho que obligaría a recurrir al papa.

Ahora bien, el P. Joaquim, se expresa en unos términos más bíblicos y llenos de una cierta mística de la comunión:

*Nuestra Congregación, débil como la yedra, desea vivir arrimada al báculo de su Obispo; no con ánimo de gravarle, sino deseosa, en la corta medida de sus fuerzas, de prestarle auxilio y refrigerio en la asistencia a las ovejas que el Espíritu Santo le señaló para apacentar (Hech 20,28). Así hasta hoy ha vivido esta Congregación desde su nacimiento, y en los días adelante no de otra manera desea vivir.*¹⁰¹

La sinodalidad

De otro lado, la Iglesia es una comunidad, en la cual, antes de llegar a los casos extremos, ofrece muchos ámbitos de libertad y de pluralidad, tanto teológica como pastoral, para lo cual el Espíritu también ofrece sus dones, su asistencia y el acompañamiento a todo creyente. Esta universalidad del don del Espíritu habría de espolear más los obispos y todos los creyentes a desarrollar el sentido sinodal de la Iglesia, que fue tan fuerte a sus inicios. La elección de Matías y la apertura sin circuncisiones a los paganos, se hicieron en sinodalidad. Ninguna de las dos decisiones serían disciplinarias. Fueron constitutivas de la Iglesia. Difícilmente hoy nos encontraremos con retos tan radicales, que nos puedan hacer desconfiar de la asistencia del Espíritu a la hora de resolver problemas candentes de la Iglesia, en medio del mundo.

El hecho teológico de la iglesia local

El realismo de la Iglesia local, lo mostró el concilio Vaticano II, LG 26a, que haría falta releer y actualizar en cada comunidad, con mucho más vigor que el que ha caracterizado la praxis postconciliar. En realidad, la teología y el magisterio han preferido hablar de la Iglesia particular, siguiendo un texto, conciliar también, como el n.º 11 del decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos, *Christus Dominus*, en el cual se describe la diócesis como una iglesia particular. Este texto ha pasado al Derecho Canónico¹⁰², y de esta manera la poca creatividad de muchos obispos y teólogos ha conducido a una reflexión rutinaria y segura sobre la Iglesia local, y hemos llegado a reconstruir la praxis preconiliar, sin demasiados escrúpulos, y con el aval casi único del derecho, y con el olvido del Nuevo Testamento. Los Evangelios y demás escritos del Nuevo Testamento desconocen completamente lo que es iglesia particular, mientras el acontecimiento de la presencia local de la Iglesia es patente y llamativo, desde el momento en que “todos eran en un mismo lugar, juntos, y el Espíritu se puso sobre ellos” (Hech 2,1). No se habla de demarcación alguna o distribución particular de territorios o de creyentes.

Aun así, los textos de la constitución dogmática *Lumen Gentium*, y de otros parecidos, prefieren hablar de la Iglesia local¹⁰³. El término “particular” tiene como referente u opuesto lo que es general. Su significado permanece dentro la descripción teórica y jurídica, mientras que lo que es local se vincula con la persona, con la comunidad, con el lugar, con la historia, con el futuro, con el proyecto. En último término, local se conecta con pueblo, y el Nuevo Pueblo de Dios es la Iglesia, reunida allá dónde se proclama la palabra, se celebra la Eucaristía y se vive la comunión eclesial con el obispo (LG, 26a). Este acontecimiento no se identifica con la parroquia, porque esta institución

¹⁰¹ Joaquín Rosselló, Pbro. Vist., Escorca, 15 Septiembre de 1907. [Ep 9; CE 145] a. D. Pedro Juan Campins y Barceló, Obispo de Mallorca. La carta fue dictada por el P. Joaquim al P. Miquel Rosselló, Secretario, del cual es la caligrafía. Desconocemos si éste intervino en proponer ideas, si bien lo suponemos, atendida la calidad literaria de las expresiones.

¹⁰² Josep AMENGUAL I BATLE, «L'Església local i el Codi de Dret Canònic, 1983», en *Comunicació: Revista del Centre d'Estudis Teològics de Mallorca*, 26 (1983) 20-30.

¹⁰³ Josep AMENGUAL I BATLE, «Església local i església particular. Una paràfrasi als textos del concili Vaticà II», en *Revista Catalana de Teologia*, 13 (1988), 135-177.

capital de la Iglesia hoy no es neotestamentaria. El hecho comunitario eclesial es anterior a la parroquia y en buena parte diverso, incluso hoy¹⁰⁴.

De aquí que la Iglesia local no se puede reducir ni en capacidad de misión ni tampoco en la de decisión, a la diócesis. Si es posible anunciar el Evangelio, bien se podrán tomar decisiones adecuadas que se correspondan a la comunidad que surge o que se nutre, siempre dentro de los parámetros de pastoral diocesana, propuesta por el obispo, no exactamente bajo el control de la curia diocesana. De todas maneras, por más que el texto de los Hech que cita el P. Fundador tenga un alcance más amplio que el de referirse al obispo¹⁰⁵, en su caso era bien clara la referencia al obispo y a la comunión profunda con él, independientemente de lo que puedan ser las simpatías personales. Por cierto, con el obispo Pere Joan Campins, pese a se confesara con él, el P. Joaquim disintió varias veces, y antes de romper o discutir con él renunció al priorato de Lluç.

La carta que hemos aducido es posterior a estas disensiones y a la mencionada dimisión. Hace falta introducir este realismo en nuestra vivencia carismática¹⁰⁶, que es mucho más profunda que lo que pueda ser disciplinar. Además, es algo que nos da un perfil espiritual no nada común a los institutos religiosos. Por esto nuestra situación, en este punto, es más rica y más frágil.

Una muestra de esta forma de conducirse la Congregación la vio el P. Joaquim en la fidelidad que la Iglesia ha mantenido a el Evangelio, pese a las herejías hayan dado otras soluciones, a veces más comprensibles, pero no tan integradoras de la riqueza de la revelación¹⁰⁷.

Retos

En este estado de cosas, el Espíritu que movió el P. Fundador, hasta hacer que creara un estilo de vida religiosa poco frecuente, porque rehuía una catolicidad etérea, sin raíces ni vínculos estrechos con la iglesia local, hoy ha cobrado una vigencia más testimonial, desde el momento que este realismo eclesial ha sido fuertemente resaltado por el concilio Vaticano II.

Esta originalidad de la Congregación, destinada a ser como la hiedra que da vida a la iglesia local, puede originar varias líneas teológicas en vistas a actualizar el carisma.

En primer lugar, desde el punto de vista bíblico-teológico, en medio de los movimientos desperdigados por todo por todas partes, la Congregación debe ser clarividente, de forma que aceptemos todo aquello que se mueve. Con todo, nosotros no podemos sumarnos a unas fugas de las iglesias locales que no siempre pueden ser fruto del Espíritu. Los tres elementos que propone LG 26, a son unos referentes para nosotros irrenunciables.

Otro punto importante se refiere a los planes de pastoral, que propone un obispado o una Conferencia episcopal. Si estos planes son teológicamente vinculantes para la iglesia local, puesto que el obispo está puesto por el Espíritu Santo para conducirla, como dicen Hech 20,28, y nos lo recuerda el P. Fundador, hace falta añadir que somos herederos de una historia carismática, en la cual el plan diocesano fue determinante.

En efecto, el P. Fundador ideó la Congregación dentro un proyecto de restauración del obispado de Mallorca, que el obispo Jacinto M^a. Cervera iba concretando. La restauración vendía de antes, hasta que al final del s. XIX llegaba a una cierta maduración. Entre otras razones, debido a que había una cierta calma política y el clero había dejado ciertas reivindicaciones propias del Antiguo

¹⁰⁴ AMENGUAL I BATLE, *L'Església com a Poble de Déu*, p. 322-351.

¹⁰⁵ Tengamos presente que en el Nuevo Testamento los términos obispo, presbítero, y diácono a menudo se pueden intercambiar.

¹⁰⁶ *Puntos Básicos*, 70-75; *Nuestra vida apostólica*, 35; *El presbítero misionero*, 12-14, DOCE, pp. 24-25; 128; 154-155; *Reglas* 82, artículos 6, 25, 68, 114, 114.

¹⁰⁷ 21 [Sermón sobre la Eucaristía, 00/00/0000] *Confundíos espíritus protestantes al escuchar la poderosa voz de la Iglesia que dirigida por el Espíritu de Dios confirma esta verdad a los fieles y anatematiza vuestro error en los Santos Concilios generales Niceno 1º y 2º, en el Constantinopolitano 6º, el Lateranense 4º, en el Tridentino en toda la sesión 13, confundíos y vosotros hermanos, venid, os diré con el real profeta, y ved las grandes obras del Señor sobre la tierra. "Venite et videte opera Domini quae posuit prodigia super terram".*

Régimen. Por su parte, el P. Joaquim había pasado una vida dedicada a la renovación del clero pueblo. Ocupó un lugar bien preciso, con unos ministerios lo suficiente definidos, que no eran los más generalizados entre el clero. No eran los ministerios de la parroquia, sino el de la renovación parroquial, con ministerios más itinerantes, centrados en el servicio de la Palabra. Las misiones populares, de un lado, y los ejercicios espirituales y las casas de espiritualidad por la otra. Desde los inicios hubo una esmerada dedicación al acompañamiento espiritual y a la enseñanza en el Seminario diocesano.

Hoy en día, cuando la proyección y la planificación de la pastoral, así como su revisión, han adquirido un carácter muy técnico, los misioneros de los SS. CC. no podemos girar la espalda ni a la planificación diocesana o supradiocesana, ni tampoco sería coherente cambiar la jerarquía ministerial, por anular la aportación carismática. El reto es doble, y pide más disciplina pastoral en la planificación y más creatividad en la promoción de los ministerios carismáticos. Es un reto bien urgente para las delegaciones, por tal que continúen aquello que las casas de formación muestran a los jóvenes misioneros.

Ser congregación pide una armonía entre los ideales que descubrimos en los comienzos de nuestra vocación, con la vida real que sigue a los años de formación. Aquello que es cierto teológicamente, eficaz pedagógicamente y técnicamente debe pasar a la vida de cada día. Separar el patrimonio espiritual, siempre más elaborado en los tiempos de formación, de la vida posterior es tender a la decadencia espiritual y a la imprudencia moral.

En cuanto a las actitudes, debemos decir que la alegoría de la hiedra nos interpela en todo momento. De una parte no podemos servir la iglesia local sin un espíritu crítico, propio de todo adulto y de toda persona que es movida por el Espíritu. Pero también hace falta observar que el Espíritu es un don para todos los creyentes y para el obispo y los ministros. De aquí que el diálogo abierto debe predominar, y desde la mencionada inspiración que el P. Fundador quiso que fuera elemento eclesialmente carismático, los congregantes no podemos situarnos llamativamente a la oposición a la pastoral diocesana o al mismo obispo. Es uno de los precios que debemos pagar, por la originalidad de nuestro carisma dentro la vida religiosa.

Finalmente, el ministerio de la formación del clero, el acompañamiento espiritual, la predicación de ejercicios, así como una consideración más esmerada e innovadora de lo que supusieron las misiones populares deben ser unos integrantes de un replanteamiento de nuestros planes de pastoral delegacional, en este centenario de la muerte del P: Joaquim Rosselló y Ferrà. De lo contrario, el centenario sería un simple aniversario vacío, sin el vigor del Espíritu.

5.- El Espíritu dirige la persona

Y en quinto término, recogeremos unos datos con las cuales el P. Fundador mostró su profunda fe en el Espíritu Santo, que nos llena de sus dones¹⁰⁸, según nos lo muestra en el ceremonial de la Profesión religiosa.

En este punto, el P. Joaquim sigue la espiritualidad que ya despunta en la literatura profética, que desemboca en la paulina, mostrando como la vida según el Espíritu no es para personas solas, en medio del mundo, sino que se caracteriza por la abundancia de los dones del Espíritu, que disponen cada persona, en cada situación para una vida nueva y bien personalizada.

En primer lugar, debemos partir del hecho que el P. Rosselló vivía y predicaba la fe según la cual la persona humana queda dignificada, incluso en su cuerpo, que por el bautismo se convierte

¹⁰⁸ Ep. 267.- A Bernat Beltrán.- 21/08/1905. [ASC IX-43] [Ep 53; CE 137] Sr. D. Bernardo Beltrán. *Queridísimo en Cristo, Bernardo: ¡Haga Dios que su gracia y dones del Espíritu Santo reinen siempre en tu alma!* Véase una referencia muy general en R90, XV: (Capítulo de culpas) *Reunidos todos, se invocará la gracia del Espíritu Santo con la antífona Veni, Sancte Spiritus*

en templo del Espíritu Santo, como ya enseñó San Pablo, lo cual ha de impedir pactar con el pecado que embrutece la persona¹⁰⁹.

Que el P. Joaquim confiara el novel profeso a la guía del Espíritu muestra una espiritualidad profundamente entregada a la bondad de Dios, que nos llena de sus dones. Aquello que Dios nos da, que es su Espíritu, es más importante que todo lo que podemos conseguir con nuestro esfuerzo. De aquí que, para permanecer dentro este ambiente espiritual carismático, hace falta ser personas que se disponen para la acogida del que Dios regala. Esta acogida no es compatible con la superficialidad, ni tampoco con el activismo. La superficialidad y la improvisación no dejan descubrir aquello que recibimos. El activismo nos hace creer que somos más importantes que el mismo Dios en aquello que es de su causa.

A veces, el Espíritu actúa en modos singulares, como aconteció en Santo Felipe Neri, cuando el Espíritu se le manifestó en forma de globo incandescente, significando el celo ardiente que le abrasaría¹¹⁰.

La fragilidad del Espíritu Santo y su libertad

El P. Joaquim fue consciente de que, pese a la fuerza del Espíritu Santo, nunca deja de ser espíritu, es decir, soplo, aliento. Por esto su capacidad de personalizar su acción es manifiesta. Como aliento, toma la condición de toda persona que tiene aliento. Respeta su dignidad, que se manifiesta también en su libertad. De esta manera, el Espíritu no uniforma, ni poda la personalidad de ninguna criatura del Padre, redimida por el Hijo, antes en su vida profunda, *en cuanto a oración y contemplación, no suele el Espíritu Santo conducir a todos por un mismo camino*¹¹¹.

Teniendo presente esta capacidad del Espíritu de personalizar, entendemos mejor la plegaria con la cual la Congregación nos ha admitido en su seno y lo ha hecho llena confianza en este Espíritu. Efectivamente, en ritual de la profesión, hay una plegaria muy rica espiritualmente, que muestra cuál era el sentido que tenía el P. Fundador¹¹² en lo que se refiere a la acción del Espíritu Santo, que nos agracia con sus dones.

De hecho, esta invocación se convierte en una especie de itinerario de por vida, que, con la profesión, es una nueva manera de vivir según el Espíritu Santo. De esta manera, el compromiso asumir es un don, que hace que no sea un acto más, ni una promesa ocasional.

Cuando profesamos nos vinculamos con Dios de una manera profunda, que debe poder resistir a los embates de las contradicciones, de los engaños y de los cansancios. Solamente

¹⁰⁹ 7 Plática de San Felipe Neri [00/00/1875, en Sant Felip Neri, Exordio: *Doncellas, que no bien se hubieron desprendido del amable regazo de sus madres, do tal vez chuparan una educación verdaderamente cristiana, constituidas ya, por la vanidad y aun por la profanación en el vestir la más nefanda, en ídolo de cuantos la miran; y su corazón, en otro tiempo deliciosa morada del Espíritu Santo (1Co 3,16; 6,15) hecha horno encendido do se fragua el amor más vano, sino diga el más impuro.*

¹¹⁰ 7 Plática de San Felipe Neri [00/00/1875, en Sant Felip Neri. Punto primero: *Caros hermanos, abrasado nuestro Felipe de la más ardiente caridad, desde que descendiera a su corazón el Espíritu Santo, bajo la forma de un globo de fuego muy luminoso; un celo devorador de la gloria de Dios y del bien de las almas.*

¹¹¹ R 90, cap. VIII.

¹¹² Vegeu-la, en el *Ceremonial para la Vestición del Hábito y Profesión en la Congregación Diocesana de Padres Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*, (Tip. “LA Esperanza”, Palma de Mallorca, 1917, pp. 16-17: *Dios omnipotente! Confortad a estos siervos vuestros, que gustosos renuncian al mundo y a todas sus comodidades, para unirse a Vos y consagrarse a vuestro servicio, mediante la vida contemplativa y activa, a que os habéis dignado llamarles. Llenadles, Señor, de vuestros divinos dones: del don de Prudencia y de Consejo, para obrar con acierto en todas sus acciones y palabras; dadles el don de fortaleza, que les haga superiores a todas las consideraciones del mundo y respetos humanos; el don de la Piedad, que les inspire afición y celo por las cosas santas y sepan juntar los trabajos de su ministerio con el espíritu de oración y recogimiento interior. Llenadlos, ¡oh Dios nuestro! de vuestro santo temor e inflámalos en el amor de vuestro Sacratísimo Corazón y en el de nuestra Inmaculada Madre María, para que puedan, con vuestra divina gracia, inflamar en el mismo amor, a cuantos se les acercaren. Así sea.*

descubriendo esta dimensión teológica, nos liberaremos de poner al mismo plano esta consagración por los votos. Dios, invocado de manera formal, ante la Iglesia, no se desdice, y aquello que da el Espíritu es mucho más consistente que las contrariedades y luchas de la vida. Girar la espalda a la profesión es teológicamente un no muy serio. Que Dios nos seguirá amando, ya lo sabemos. Pero esta fidelidad no ampara nuestras infidelidades.

En el profeta Isaías, 11,2, leemos una lista de dones, que tienen un sentido mesiánico, y se manifiestan en un vigor o espíritu de Dios, que es espíritu de sabiduría, espíritu de entendimiento, etc. En un sermón sobre Santa Catalina Tomás, hay reminiscencias de este texto, aunque las manifestaciones del Espíritu no coincidan en un caso y en el otro. Pero lo que llama la atención es que, recordando a San Pablo, Gl 5,22, menciona varias manifestaciones del Espíritu, entre las cuales se destaca la del amor a Dios y al prójimo (1Co 13,3). Es también una manera de recoger la unión de los dos grandes mandatos del Antiguo Testamento, en uno sólo, por obra de Jesús (Mt 22,37; Mc 12,28-34; Lc 10,25-28).¹¹³ En ningún momento encontramos en el P. Rosselló una espiritualización del amor, como si quedara limitado al amor a Dios que no vemos.

En otros casos remarca como ciertas personas fueron privilegiadas con el primero de los dones del Espíritu, el de sabiduría (Is 11,2). Tal sería el caso de San Jerónimo¹¹⁴. El P. Joaquim vincula la sabiduría con la capacidad para leer y asumir las Escrituras, como aconteció en este santo monje, que fue un hombre que supo romper con sus esquemas culturales, aprendidos en los clásicos latinos, y llegó a adoptar las formas literarias semitas, en tantos aspectos menos refinados.

Conectada con el don de la sabiduría está aquella actitud que hace que no pongamos la confianza absoluta en ninguna persona¹¹⁵. Solamente Dios la merece y garantiza nuestra vida.

Es una manera de creer en la bondad cercana del Creador, que nos sostiene y nos guarda. Este recurso ayuda a purificar la fe en el Creador, y a dar su lugar a la dependencia de los demás.

Ahora bien, este mensaje, presentado en sentido negativo, de forma que resalte el error de dar demasiada importancia al hombre singular, porque en último término llega a fallar, tras la Resurrección del Cristo puede tener otro valor en sentido más general. Es cierto que el mal, la increencia crean muchos complejos en los creyentes. Pero, si lo somos de verdad nos regiremos desde fuerzas más internas y radicalmente más poderosas, como es la fe, que nos hace saber que Jesús Resucitado ha vencido al mundo (Jn 16,33). Por lo tanto, no nos debemos dejar dominar por la fuerza persuasiva de otros mensajes y estilos de vida que contradicen al Evangelio. Con Jesús también venceremos.

De la literatura sapiencial, también extrajo otras enseñanzas sobre el magisterio del Espíritu Santo, como pueden ser poner la mirada en la muerte, como momento definitivo para decidir el sentido de la vida, y obrar según la voluntad de Dios¹¹⁶. Esta mirada es un llamamiento hacia las

¹¹³ 14 [Sermón sobre Sta. Catalina Tomás, 29/07/1888, en Santa Magdalena]. *Catalina Thomás triunfó de este espíritu de mundo en el claustro, y ved de que manera; formando por contraposición en su interior el espíritu de Cristo; Espíritu de humildad, espíritu de abnegación, espíritu de desprendimiento, espíritu de obediencia, espíritu, lo diré de una vez, de caridad, de ardentísima caridad, con Dios y con el prójimo.*

¹¹⁴ 15 [Sermón de San Jerónimo, 30/09/1888, n.º. 3, en Sant Jeroni]: *Ahí tenéis sucintamente expresada, C[arísimos] H[ermanos], la descripción que hace el Espíritu Santo de la verdadera sabiduría; de aquella sabiduría que abraza la ciencia y la práctica de las virtudes; de aquella sabiduría que no hincha (1Co 8,1) sino que santifica; de aquella sabiduría de que enamorado Gerónimo dedícase a alcanzarla desde su infancia, desde su más tiernos años*

¹¹⁵ 24 Sermones sobre la siete Palabras que habló Jesucristo en la Cruz [Llucmajor 1891]. *QUINTA PALABRA. ¡Qué ingratos los hombres! y ¡cuán acertadamente dijo el Espíritu Santo: "maldito el hombre que pone su confianza en otro hombre: maledictus homo qui confidit un homine!" (Jr 17,5).*

¹¹⁶ 24 Sermones sobre la siete Palabras que habló Jesucristo en la Cruz [Llucmajor 1891]. *SÉPTIMA PALABRA: Hermanos, ¡qué pensamiento tan útil el de la muerte! ¡Oh mors, dice el Espíritu Santo, rectum est iudicium tuum" (Eccli 41,3), qué regla es este pensamiento, para llevar bien ajustada la vida. La serpiente infernal, para lograr fácilmente la caída de nuestros primeros padres, no le ocurrió medio más eficaz que, el de quitarles el pensamiento de la muerte. "Nequaquam moriemini" (Gn 3,4)*

decisiones sensatas, es decir, tomadas según la voluntad de Dios, que huyen de toda superficialidad y de todo pecado.

Una breve síntesis

El P. Fundador sin pretenderlo desperdigó unas alusiones al Espíritu Santo, que tocan todo el misterio de la Salvación. Así, el Espíritu está presente en el misterio de la Encarnación, origen del cristianismo, que caracteriza como es el Dios cristiano, un Dios que baja, que se acerca, que se compenetra con la persona humana.

En segundo lugar, este Espíritu, al tiempo que manifiesta públicamente a la Iglesia, es el que la impulsa hacia la misión universal.

En esta tendencia de Dios a descender se manifiesta una lógica original. En Jesús se realiza libremente que el Hijo hecho hombre se entrega a la Pasión, y dice su sí definitivo que le obre el camino hacia la muerte. La justificación de este camino proviene solamente del mismo Dios (cfr. Mt 11,19). Todo otro discurso es vano. Si Dios es Dios, el creyente adora y acoge su modo de obrar. De aquí que la historia salvadora de Jesús culmina cuando, Traspasado, libera sobre el mundo su Espíritu (Yo 19,30). Espíritu que es de reconciliación total y universal, como así lo interpreta el Traspasado-Resucitado, cuando transmite su aliento sobre los discípulos reunidos el día de Pascua y proclama la reconciliación de todo pecado (Jn 20,22). Quien ha vencido a la muerte puede proclamar la victoria sobre todo pecado.

Pese a que el P. Fundador no vinculó la fuerza del Espíritu manifiesta en la Encarnación con la que reveló el Resucitado-Traspasado, a nosotros nos corresponde adelantar teológicamente, y vivir según la unidad de la acción de un único y mismo Espíritu, que obra como quiere en el Resucitado y en todas las personas que son atraídas por el amor sin fronteras del Padre y del Hijo.

En segundo lugar, este Espíritu, al tiempo que manifiesta públicamente a la Iglesia, es el que la impulsa hacia la misión universal.

Cobra mucha fuerza la fe según la cual el Espíritu es el autor de las Escrituras, puesto que habla mediante esta manera por la cual Dios ha optado revelarse. Es un habla que, por salir del Espíritu, es siempre actual e interpeladora de la persona humana.

Como que la Palabra necesariamente se dirige a una comunidad humana, que es La Iglesia, también el Espíritu es el que conduce esta comunidad, y el P. Joaquim tomó con realismo y con riesgos esta manifestación de la Iglesia, cuando la vio concretamente confiada al obispo. La iglesia local es la comunidad dónde más plausible se hace la existencia de la iglesia una, santa, católica y apostólica (LG 26, a). La Congregación está llamada carismáticamente a enriquecer y fortalecer esta iglesia.

La Iglesia es la comunidad que Jesús inauguró y que se manifestó en Pentecostés. Ahora bien, esta comunidad existe en tanto en cuanto hay personas que libremente viven según el Espíritu, el cual libremente les distribuye sus dones, de forma que el hecho comunitario y la libertad personal confluyen en la existencia cristiana. Es precisamente en la nueva forma de vivir que comporta el carisma de la vida religiosa misionera dónde la riqueza y variedad de los dones del Espíritu mostrará su potencia, desde la fragilidad.

porque veía el astuto Satanás que sin borrar de su mente este pensamiento, no iba a lograr nada... Con ese *"nequaquam moriemini"*: de ninguna manera moriréis, fue que ellos cedieron a la tentación. Oportuna, muy oportuna es aquella sentencia del Espíritu Santo: *Pensad en vuestros novísimos y no pecaréis: Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis*" (Eccli 7,40). MUERTE DE JESÚS: *Esto, hermano, nos hará vivir bien y alcanzará el que nuestra muerte no sea cual la del pecador: pésima, sino cual la de Jesús, tranquila, cual la de los justos que describe el Espíritu Santo: "Justorum animae in manu Dei sunt et non tanget illos tormentum"* etc. (Sap 3,1).

El Espíritu, la Iglesia y la espiritualidad eclesial del P. J. Rosselló

Presentación.....	2
0.- Introducción	5
Comprensión de la Pneumatología	5
El Espíritu Santo y la Iglesia en el P. Joaquim Rosselló y Ferrà	6
I.- Aportaciones de la pneumatología	12
1.- El Espíritu como hipoteca y como interpelación:.....	9
Espíritu e interioridad:	9
Espíritu y orígenes:	10
Espíritu e intelecto.....	10
Consecuencias:	11
2.- Hacia la determinación del lugar y de las tareas de la pneumatología.....	11
Teología como pensamiento pneumatológico	12
Cristología y pneumatología:	12
Consecuencias por la cristología:.....	12
Consecuencias para la pneumatología:	13
Eclesiología y pneumatología:.....	13
Doctrina sobre la gracia y la pneumatología.....	14
Doctrina sobre la creación y pneumatología	15
Escatología y pneumatología	15
II.- Planteamientos Bíblicos.....	16
1.- Antiguo Testamento	23
Expresiones al Nuevo Testamento	18
Marcos.....	18
Mateo	19
Lucas	19
Espíritu y Jesús.....	19
Hechos.....	19
Espíritu y Jesús.....	19
Espíritu y comunidad de salvación	20
Espíritu y misión	20
Espíritu y manifestaciones visibles.....	20
El Espíritu inaugura los tiempos de la Iglesia	21
San Pablo.....	21
El Espíritu revelador de Dios. El Espíritu de la fe (2Co 4,13).....	21

Espíritu y Cristo	22
Espíritu y comunidad. La eclesialidad del don del Espíritu.	22
Juan.....	23
Jesús y Espíritu	24
Espíritu comunidad.....	25
III Discurso teológico sobre el Espíritu Santo. Sistematización	26
Espíritu y Dios	26
1.- Dios es espíritu	26
2.- El contexto de la plegaria	26
Espíritu y Trinidad	28
El Espíritu Santo como persona.....	29
Persona en la Trinidad.....	30
Desde la experiencia y de la realidad del Espíritu: hacia la consideración del Espíritu como persona	31
La Iglesia, como continuación histórica de la unción de Jesús por el Espíritu Santo.....	31
La unción de los cristianos.....	32
Dones y carismas, frutos del Espíritu Santo.....	32
Los carismas.....	33
El fruto del Espíritu	34
El Espíritu Santo y el Hijo	34
IV Aproximación a la experiencia del P. Rosselló sobre el Espíritu en la Iglesia.....	36
¿Como surgió la Iglesia?	36
La progresión de la manifestación de la Iglesia y la donación histórica del Espíritu (Jo 7,39; 20,22).....	36
1.- El Espíritu en la Encarnación	38
2.- El Espíritu manifiesta la Iglesia, como lo hemos señalado más arriba (Pentecostés)	39
3.- El Espíritu crea el hecho de que los creyentes se constituyan en comunidad o en iglesia	58
4.- El Espíritu dirige la Iglesia.....	41
La sinodalidad.....	42
El hecho teológico de la iglesia local.....	42
Retos	43
5.- El Espíritu dirige la persona	44
La fragilidad del Espíritu Santo y su libertad	45
Una breve síntesis.....	47